7 928

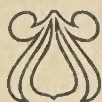
ANTONIO J. ONIEVA
«XAVIER DE BRADOMÍN»

LA VÍCTIMA

COMEDIA DRAMÁTICA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Campoamor, de Oviedo, el día 24 de febrero de 1919.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1919

13

LA VÍCTIMA

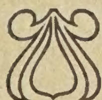
ANTONIO J. ONIEVA
«XAVIER DE BRADOMÍN»

LA VÍCTIMA

COMEDIA DRAMÁTICA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Campoamor, de Oviedo, el día 24 de febrero de 1919.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1919

MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

A MARGARITA ROBLES

con todo cariño y respeto,

«BRADOMÍN»

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
OCTAVIA (30 años).........	MARGARITA ROBLES.
DOÑA MERCEDES (50 años).	MARÍA SANTONCHA.
LULÚ (20 años).............	JUANITA ROBLES-MARTÍN.
RENÉE (32 años)............	ESPERANZA RIVAS.
FRIFRÍ (25 años)............	PAZ ROBLES.
FELIPE (32 años)...........	EVARISTO VEDIA.
CÉSAR (45 años)............	ANTONIO LAGOS.
GUILLERMO (40 años)......	J. GARCÍA DE LEONARDO.
ARÍSTIDES (25 años).......	LUIS MEDINA.
REQUEJO (55 años)..........	ANTONIO PÉREZ SÁEZ.
BARTHOU (40 años).........	ARTURO NAVARRO.
DON SENÉN (60 años)......	CARLOS DOMÍNGUEZ.
PEPE (22 años)..............	MARIANO RODRÍGUEZ.
Un CRIADO (25 años)......	LUIS GÓMEZ.
Otro CRIADO (65 años).....	CARLOS DOMÍNGUEZ.

Época actual. Es verano. El primer acto tiene lugar en París, y los otros dos en Madrid. Lulú, Renée, Frifrí, Barthou y un Criado son franceses; carácter éste que se les notará en la conversación española.

ACTO PRIMERO

Habitación elegante de soltero. Amplia abertura al foro, que da a un vestíbulo, iluminado tanto como la escena. Al levantarse el telón estarán FELIPE y REQUEJO sentados junto a una mesita colocada a la izquierda (1) de la escena. Sobre la mesita habrá algunos papeles.

ESCENA I

FELIPE y REQUEJO

FELIPE

(Toca el timbre y aparece un Criado.)

Dis, donc, fais entrer mes invités dans la salle, au fur et a mesure qu'ils arriveront.

CRIADO

C'est bien. Et si on demandait après vous?

FELIPE

Je suis en train de m'habiller et je sors immédiatement.

CRIADO

Comme monsieur le désire.

---

(1) Del actor.

FELIPE

Et Renée?

CRIADO

Dans sa chambre, avec la bonne. Je ne crois pas qu'elle tarde a sortir. Là voici. (Se retira.)

ESCENA II

Dichos y RENÉE, que sale por la puerta izquierda.

RENÉE

Felipe, *voilà* dos horas que no te mueves de esa silla. Tú vas a caer enfermo. *En outre,* yo no sé a qué lleva hacer tanto número.

FELIPE

Eso mismo le estaba diciendo al amigo Requejo. Yo estoy reñido con las Matemáticas..., o las Matemáticas conmigo. Pero Requejo es un administrador escrupuloso...

REQUEJO

Señorito Felipe... Señorita Renée... Después de año y medio de ausencia, las cuentas deben justificarse. Ustedes son jóvenes; no viven sino de idealismos, y no hay que olvidar que estamos pegados a la tierra.

RENÉE

Mientras usted no olvide que es el señor administrador, ¿para qué deberemos recordarlo nosotros? A nosotros nos es suficiente de vivir.

FELIPE

Es claro. Usted me habla de combinaciones, de jugadas, de audacias, y yo le digo que sí...

REQUEJO

Naturalmente.

FELIPE

No; naturalmente, no; porque principio por no enterarme de lo que me está usted diciendo. Amigo Requejo, ¿es que disminuye mi caudal?

REQUEJO

¡Qué disparate!... Vive usted dentro de sus rentas. Pero... esas acciones del ferrocarril franco-belga... Es lástima dejarlas escapar.

FELIPE

Pues cómprelas usted. ¿Hay cosa más sencilla?

RENÉE

Es verdad. ¿Hay cosa más sencilla?

REQUEJO

¿Y habría cosa más sencilla que obedecer a ustedes? Pero no hay modo de entenderse con una persona que a todo dice «bien». Hay dos clases de hombres con los que es imposible tratar: con los que no ven sino obstáculos en todas partes, y con los que dan facilidades para todo. Yo quisiera que una vez siquiera habláramos en serio de sus negocios; yo desearía que alguna vez me contrariara usted, que me riñera, que me diese... un puntapié, si fuera preciso; pero ¡eso de que siempre vea usted todo bien!...

FELIPE

¡Es un martirio!...

REQUEJO

Sí que lo es. Han estado ustedes ausentes cerca de dos años en Constantinopla, en la India y... en el

infierno condenado; porque ya olvidé los nombres de tantos sitios adonde tuve que girar dinero. Vuelven a París ayer mismo; vengo a darle cuenta al señorito del estado de su patrimonio, y él me ataja hablándome de unas pieles raras que se le han debido extraviar por el camino. ¡Eso no es formalidad, caramba! El capital es una cosa muy sagrada. El centro de gravedad de las personas no está en la cabeza, sino en el estómago.

RENÉE

¡Oh, que son vulgares esas atrocidades!

FELIPE

(Riéndose.) Requejo, usted se atormenta ociosamente. Usted cree que no se puede ser feliz mientras no se tenga constantemente ante los ojos unas tablas con unas listas muy largas de tantos por cientos y de tipos de cotización... No, hombre. En la vida hay otras cosas además de eso. Yo descanso en usted. *(Levantándose.)*

REQUEJO

(Levantándose también y recogiendo los papeles.) Y yo le agradezco infinito su confianza, si bien es tanta que me asusta. ¿Qué trabajo le costaría a usted que comprobásemos el balance de sus gastos y rentas durante el último año?

FELIPE

¡Dios mío! ¡Usted está loco! Ya lo haremos el día en que yo necesite distraerme. Y en cuanto a esas acciones franco-belgas que, por lo visto, no le dejan dormir, cómprelas cuando quiera, y descanse.

REQUEJO

¿Y si un día viene la mala?

FELIPE

Entonces será oportuno pensar en lo que debe hacerse. «Bástale a cada día su propio afán.» Son palabras divinas.

REQUEJO

Usted no se preocupa del mañana. ¿Y la señorita Renée?

FELIPE

Nadie mejor que usted sabe que tiene asegurado el porvenir.

RENÉE

(Enojada.) Yo creo, Felipe, que esta conversación es fastidiosa.

REQUEJO

En fin, no insisto. ¡Bendita juventud, que no vive sino de su propia locura, porque no se da cuenta de que lo es! (¡Oh, esas franco-belgas al setenta y cuatro!) No olviden que estamos pegados a la tierra... La frente arriba, para soñar con romanticismos; pero la base está en los pies, aquí abajo. (Esperaré tan sólo a que el cambio descienda una unidad, y compro.) Tienen ustedes la cabeza llena de viento, y el mejor día comienza a elevarse por el espacio como los globos de goma. Romanticismo y vida son términos que se dan de bofetadas. Y usted es un romántico; el último romántico, porque hoy se vive de otro modo. *(Felipe oirá a Requejo con curiosidad y benevolencia. Renée da muestras de vivo disgusto.)* Sí; ya sé que molesto. A nadie le gusta que le despierten de su mejor sueño, y ustedes están ahora soñando; pero no olviden que estamos pegados a la tierra...

RENÉE

(Contrariadísima.) Oh, siñor!

(Requejo se disponía a seguir hablando; pero lo piensa mejor y hace mutis por el foro.)

ESCENA III

FÉLIPE y RENÉE

RENÉE

Siñor!... ¡Qué cargante personaje!

FELIPE

Bien; pero le aplaudirás, cuando menos, su interés por nosotros.

RENÉE

Hasta un cierto punto. Yo no creo mucho en su honorabilidad.

FELIPE

No, no. No puedo consentir que pienses así de Requejo. Requejo es bueno, es leal. Su afecto me compensa del otro, del que me ha faltado siempre: mi padre, mi hermano...

RENÉE

(Con cariño.) Chut!... Olvida todo lo triste. Tú me has prometido de no pensar que en el momento presente. ¡Bah!... Que el pasado sea el pasado.

FELIPE

Tienes razón, Renée. Si no hubiera sido por tu cariño, nena mía...

RENÉE

Mon petit Philippe!...

(Entra el Criado con una bandeja, sobre la que hay algunas tarjetas.)

CRIADO

Ces Messieurs viennent de passer au salon.

FELIPE

(Toma las tarjetas y el Criado se retira.) ¡Hombre!... Ya están aquí Arístides, Lulú y Barthou: el pintor, la musa del pintor y el irreprochable *sportsman*. Celebro que hayan acudido a mi llamamiento.

RENÉE

Arístides no podía faltar : hay *champagne*. Es cosa curiosa que no haya reñido con Lulú, *encore*.

FELIPE

¡Cómo!... ¡Cien veces! En un año recorre Arístides cien veces toda la gama de las pasiones humanas, y, es claro, terminada la rueda, tiene que comenzar de nuevo por la reconciliación.
(Óyense voces dentro, de Guillermo y Criado.)

ESCENA IV

DICHOS y GUILLERMO

GUILLERMO

(Dentro.) ¿Qué necesidad hay de ello?

FELIPE

¿Eh?... ¿Guillermo?

GUILLERMO

(Saliendo.) ¡Felipe!...

FELIPE

¡Guillermo!... *(Se abrazan con efusión.)*

GUILLERMO

¿Cómo estás, Renée? Aunque mi pregunta es inocente. Estás bellísima; más que nunca.

RENÉE

¿Lo crees tú así?

GUILLERMO

Sin duda. ¿Y esos viajes?

RENÉE

Deliciosos; ¿verdad, Felipe?

FELIPE

Verdad. Guillermo, no te creía en París. ¿Cómo has sabido...?

GUILLERMO

¿Pero es posible ignorar algo que sepa Arístides? Esta mañana subí a su estudio y me sorprende mostrándome tu tarjeta. Vi que reunías a tus viejos amigos, y yo...

FELIPE

Tú eres el único que no necesitaba invitación, porque a los amigos como tú no se les invita. *(Vuelven a abrazarse.)* No te creía en París; te creía, como yo, recorriendo el mundo...

RENÉE

Felipe, yo creo que debo pasar al salón; tus invitados van a molestarse...

FELIPE

No hay cuidado. Pero me parece bien. Hasta ahora, Renée.

RENÉE

Au revoir. (Vase por la puerta derecha.)

GUILLERMO

Adiós, Renée.

ESCENA V

FELIPE y GUILLERMO

GUILLERMO

Cuéntame, hombre; cuéntame de tu vida. *(Se sientan.)*

FELIPE

Con sinceridad; nadie mejor que tú sabe la proyección de mi vida: correr, olvidar, huir de este mundo que llevamos aquí dentro y al que no me atrevo a asomarme.

GUILLERMO

Sigues necesitando curación.

FELIPE

Sí; necesito cura. Pero no régimen de altura, ni de llanura ni de mar; necesito cura de soledad, de paisaje sin horizonte, muy silencioso y muy recogido.

GUILLERMO

¿Dónde has estado durante estos últimos años?

FELIPE

En todas partes, como el judío errante; en todas partes, y condenado a huir de todas ellas. ¿Has visto tormento más horrible que no encontrar en el alma una emoción para cada una de las ciudades que quedaban atrás, sentir que nada de ellas se pegó a nuestro espíritu? Cuando se visita una ciudad misteriosa y lejana, Delhi, Alejandría, Pompeya, el viajero, al partir, al abandonarla acaso para siempre, en medio de su melancolía infinita advierte con satisfacción que algo de él queda en la ciudad abando-

nada, o que algo de ésta va consigo. Pero ¿y el que nada deja ni nada se lleva? ¿El que presiente que todo lo que le falta por ver es ya como si fuese conocido? Por eso, después de haber recorrido medio mundo, vengo a la triste conclusión de que no he estado en ninguna parte.

GUILLERMO

Sin embargo, un hombre como tú que aun tiene fuerzas para irritarse, está a dos dedos de salvación. Tú no serías capaz, como yo, de dejarte arrastrar por las cosas. Tú lloras despechado un amor imposible; yo lloro el no haber sabido jamás qué es amor. No me negarás que mi tristeza es más alegre que la tuya. Ya sabes que la suprema felicidad se suele representar con una mujer que tiene el corazón en una mano, que es como no tener corazón. Yo puedo decir: Todo es igual. Tú, no. Tú estás condenado a murmurar: Todo es peor. Yo estoy aquí como podría estar en Pekín; yo no me aburro, porque nada me interesa. Tú, sí; tú te aburres aún. El aburrimiento te lanza, como a una pelota, de un lado hacia otro. Tú bebes para olvidar; en cambio, la inconsciencia es mi champán. ¿Qué, volvemos a España?

FELIPE

Pronto, sí, Guillermo. Octavia me espera.

GUILLERMO

¿Te acuerdas aún de Octavia?...

FELIPE

(Con pena.) ¡Octavia!... La única mujer que no ha sido para mí... una pobre mujer más. La única que se agarró aquí, a la raíz misma de mis entrañas, y sólo se escapará llevándoselas a pedazos. ¿Te acuerdas, Guillermo? Yo guardaba su cariño en mi alma con la diligencia del avaro siempre en acecho. Na-

die, ni mi padre, ni mi hermano, que eran mi única familia, sospechó jamás este amor. Me parecía que el mero hecho de enterar a los demás de nuestros amores era como hacerlos partícipes de ellos.

GUILLERMO

Ahí tienes ya el comienzo de la explicación de ese desvío en que continuamente viviste con tu padre y con César. Tú y el resto de tu familia habéis sido tan ajenos como lo son quienes no se han relacionado jamás.

FELIPE

Es que, para mi desgracia, yo jamás he visto en mi padre al amigo... He visto, sí, al padre alguna vez; pero eso es tan poca cosa...

GUILLERMO

Perdona; un padre es algo.

FELIPE

Pero un amigo es más aún. Ser padre puede no pasar de ser fisiología pura. Ser amigo es ser «un otro yo» en quien el alma se consuela cuando a uno le van faltando las fuerzas. ¡Oh, qué feliz quien puede decir : Tengo un padre, tengo un hermano, que además son mis mejores amigos!

GUILLERMO

Faltó, sí, en tu casa esa cordialidad tan natural en quienes nada tienen que descubrirse.

FELIPE

Ya ves. Mi padre, viudo desde que nací yo, me crió fuera de casa. César, mi único hermano, fué siempre el muchacho enfermizo y casero, y para él debían ser todos los cuidados y afectos. Luego lleváronme a un colegio; quiero decir, separáronme de la fami-

lia. A mi vuelta hice vida independiente en mi propio hogar. Conocí a Octavia, hija de un deudo de mi padre; la quise con todas las ansias de la juventud, con las que la quiero hoy, que apenas me atrevo a llamarme joven...

GUILLERMO

¡Hombre, hombre!...

FELIPE

Es que repito con mi poeta favorito:

Que el sayo, al parecer nuevo por fuera,
conozco que por dentro ha envejecido.

GUILLERMO

(Sonriéndose.) Sí, Felipe, necesitas curación. Prosigue.

FELIPE

Prosigo. Un día me llamó mi padre a su despacho. Y allí, a solas los dos, me planteó un proyecto suyo, un proyecto en el que mediaban intereses mezquinos, pero acaso concebido con la mejor intención. Tú conoces a la marquesita de Pie de Monte.

GUILLERMO

Muchísimo. Su madre, María Fernanda, fué muy amiga de mi padre.

FELIPE

Pues bien: yo debía casarme con ella.

GUILLERMO

No creo que tus gustos fueran por ahí. Por lo visto, tu padre quiso unir en vuestro matrimonio blasones y talegas.

FELIPE

Cierto. Y con ello creyó proporcionarme la felici-

dad a raudales. Con las mejores palabras hícele ver que su propósito no me convenía; que si se trataba de un mero entronque de familias, ahí estaba César, mayor que yo y más dado a una vida familiar y tranquila; que para un muchacho despreocupado como yo la mejor solución era dejarle a su antojo elegir... o no elegir, evitando así cualquier responsabilidad que no fuera la propia.

GUILLERMO

¿Y tu padre?

FELIPE

Yo no sé si se habría comprometido en mi nombre.

GUILLERMO

Eso sería muy grave.

FELIPE

No sé; pero es lo cierto que a sus insinuaciones siguieron reconvenciones, exigencias y, por último, amenazas más o menos encubiertas que me obligaron a salir de aquella casa, que no sé si alguna vez había sido mía, y abandonar a Madrid, y romper con Octavia, a quien no quise, por repugnancia, contar tanta miseria...

GUILLERMO

¿Qué culpa tenía ella?

FELIPE

Fué vergüenza de mí mismo. Fué odio a la luz. Me habían considerado capaz de una indignidad. Necesitaba purificarme.

GUILLERMO

¿Dónde mejor que junto a Octavia?

FELIPE

¡Oh, no! Imposible permanecer en Madrid en aquella situación con mi familia. Huí lejos de ésta y de

Octavia; ¡de Octavia, Dios mío!, a quien he tenido que escribir más de una vez rogándole que me perdone, que tengo la seguridad de que ha de salvar mi vida.

GUILLERMO

¿Qué habrá sido de ella?

FELIPE

¡Quién sabe!... Apenas cumpla los dos años de destierro voluntario que me he impuesto, y ya poco falta para el término del plazo, volveré a Madrid a cumplir con mi deber.

GUILLERMO

(Sin darle mucha importancia.) Muy bien.

FELIPE

El resto de lo que sucedió entonces lo conoces como yo. Tomé la legítima materna y me vine a París. Horas de desolación; la muerte de mi padre; mi amistad — no puedo llamarla de otro modo, por íntima que sea — con Renée, que me sufre como a un niño mal educado; mis viajes por ahí, empeñado en hacerme trizas por cualquier camino, y, en fin, el comienzo de lo mismo, que es el modo más desesperante de comenzar.

GUILLERMO

¿Y de tu hermano?

FELIPE

No he sabido palabra durante ese tiempo. Supongo que vivirá. No he tenido noticias ni de mi hermano, ni de Madrid, ni de nadie; porque me he dado el gusto de procurar no tenerlas. Aun de la pobre Gloria... ¿Recuerdas aquella Gloria que alguna vez venía por casa?... La mandé al principio postales insulsas. ¡A ella, que fué para mí tiranuela y esclava!

ESCENA VI

DICHOS y LULÚ, ARÍSTIDES, BARTHOU, FRIFRÍ, PEPE, DON SENÉN y RENÉE, que entran por la amplia puerta del foro, con gran bullicio y algazara.

UNOS

Esto no es formalidad. ¡Así se recibe a los invitados!

OTROS

¡Podíamos esperar sentados! ¡Vaya una tranquilidad!...

ARÍSTIDES

(Abrazando a Felipe.) Permíteme que te abrace en nombre de la concurrencia. Un *lunch* con champán a las nueve de la noche es una idea genialísima. Bueno; lo mismo hubiera sido genialísima a las nueve de la mañana. El champán santifica todas las horas. ¡Viva Felipe!

(Los invitados contestan y le estrechan la mano, cruzándose, en medio de la más franca alegría, las frases de rigor. Nada de cumplidos. Se trata de una reunión íntima y pintoresca.)

FELIPE

Recibir a los amigos después de año y medio de ausencia, nada tiene de particular.

FRIFRÍ

Philippe, eres más delgado que cuando has partido... ¡Y mira que tienes algunos cabellos blancos! *Mais,* ¿qué has *hasido,* Renée, de este hombre?

ARÍSTIDES

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... *¡Hasido!* ¡Qué has *hasido!* Yo le llamo

a Frifrí doña Emilia Pardo *Bacín*. ¡Señores, qué modo de estropear el castellano!

FRIFRÍ

Mais, ¿cómo se dice eso?

ARÍSTIDES

Se dice «¿qué has hecho?»

FRIFRÍ

Pues, ¿qué has hecho de este hombre?

RENÉE

(Riéndose.) Tú harías mejor de preguntarme qué es lo que no he hecho.

FELIPE

Después de todo, no hay que asustarse. Es el privilegio de los años.

ARÍSTIDES

¡Ah!, pues yo no quiero tales privilegios.

LULÚ

Tú no los quieres, pero ese tono gris es muy interesante.

ARÍSTIDES

¡Ah!, pues sí los quiero. Como ves, Felipe, esta Lulú sigue siendo mi tirana.

FELIPE

¡Dulce tiranía!...

LULÚ

Yo he sabido que habéis ido en la India. ¿Qué es lo que hay allá?

ARÍSTIDES

En la India... Pues... muchos indianos.

DON SENÉN

Ya está Arístides haciendo el gracioso.

ARÍSTIDES

¡Este don Senén, que siempre se ha de meter conmigo!... Vamos a ver. ¿A que no sabe usted quién descubrió la India o... las Indias, que no sé cuántas son?

DON SENÉN

No lo sé; pero tú, seguramente, no fuiste.

ARÍSTIDES

La descubrió Cristóbal Colón. Por eso a los que vuelven de América se les llama indianos. Y a los naturales del país, como fueron muy indignos con los españoles, se les llama *indígenas,* y no sigo adelante porque me parece que estoy haciendo *el indio.*

FELIPE

Te envidio tu carácter, Arístides.

BARTHOU

¿Usted ha matado algún león?
(Se forman grupos del modo siguiente: Felipe, Arístides, Lulú y Barthou forman el grupo central. Renée y Guillermo otro grupo, y Frifrí, Pepe y don Senén el tercero.)

FELIPE

(Echándolo a broma.) Y algunos también, Barthou.

LULÚ

¡Oh, qué cosa tan interesante!

ARÍSTIDES

Yo me he visto una sola vez en mi vida delante de un león. Y sin un mal rifle. *(Expectación general.)*

LULÚ

¡Qué horror!

RENÉE

¡Es posible!...

GUILLERMO

Estaría en una jaula.

ARÍSTIDES

No, señores. ¡Estaba disecado! *(Carcajada general.)*

FELIPE

Barthou... ¿y esa ruleta?

BARTHOU

Yo he dejado de lado las Matemáticas, con las que no se hace que perder científicamente, y he venido a encontrar una razón que es de sentido común y que a causa de eso no hay muchos que la comprendan.

FELIPE

Veamos, veamos.

BARTHOU

El juego ofrece por sí mismo una mayor riqueza de combinaciones que una imaginación fría no puede encontrar, y es que lo inconsciente va más allá que lo consciente.

FELIPE

No está mal eso.

BARTHOU

En este sentido, el juego es superior a nosotros. Yo experimento una grande pena cuando veo a todas esas damas y esos caballeros escribiendo en el cartón el orden de las jugadas.

FELIPE

¿Por qué?

BARTHOU

Porque ellos son condenados a perder. El talento consiste en ponerse de acuerdo con el juego. Ellos buscan a través de sus combinaciones la ley. ¡La ley, cuando el juego es precisamente lo caprichoso y lo ilógico!

ARÍSTIDES

Luego para ganar...

BARTHOU

Para ganar, lo mejor es jugar caprichosamente. Se echa en el aire la ficha y ella cae sobre no importa qué número. *Pas de préoccupation.* El dinero, como la mujer, van detrás de quienes no parecen solicitarlos.

ARÍSTIDES

Y se da el caso de que con el mejor buen humor se tiene uno que suicidar.

BARTHOU

Que es siempre preferible de suicidarse uno desesperado. Porque yo pienso... *(Siguen hablando.)*

GUILLERMO

¿Y qué vida hace ahora Felipe?

RENÉE

No puedo quejarme; él me es fiel.

GUILLERMO

¿Y tú?

RENÉE

Es mi primero y mi solo amor.

GUILLERMO

¿El primero? ¡Vamos!...

RENÉE

El primero... de verdad.

GUILLERMO

El corazón de la mujer francesa es grandísimo. Generalmente caben en él, por lo menos, dos amigos. Y muy holgaditamente.

RENÉE

No, no. Uno sólo. En este momento me siento perfectamente mediterránea. Estoy transformada. Soy una mujer absolutamente virtuosa.

(Estalla una carcajada ruidosa en el grupo de Frifrí, Pepe y don Senén.)

UNOS

¿Qué ha sido eso?

ARÍSTIDES

Que se diga en voz alta.

FRIFRÍ

No era nada. Yo decía que Arístides debía pintar

una bacanal con todos nosotros. Y a don Senén, de sátiro, en primer término.

DON SENÉN

Y yo le he contestado que me falta mucha barba y me sobra mucha barriga. *(Carcajada general.)*

FRIFRÍ

(Llevándose los dedos a la frente.) (Y algo más. *Oh, là, là!...)*

FELIPE

¿Y esa pintura, Arístides?

ARÍSTIDES

¡Admirable! Estoy pintando el cuadro que en la próxima Exposición de Pintura me ha de cubrir de gloria. Tengo deseos de decir a mis paisanos: Así debe pintarse, amigos, y no con aquellas natillas con que llenáis vuestros cuadros, a los que además llamáis impresionistas.

BARTHOU

Sus cuadros me gustan mucho. Aquella manola que pintó usted últimamente... ¡Oh!... Es *autentica.*

ARÍSTIDES

Dios le conserve la vista, amigo. (¡Es una corista que alquilé por medio franco!)

BARTHOU

(A Felipe.) ¿Cuántos miles de francos queréis que yo os gane el jueves?

FELIPE

Todos los que usted quiera. ¿Qué pasa el jueves?

LULÚ

Las carreras. El gran premio «Nevers», de 200.000 francos. Barthou presenta su *Landelove,* el orgullo de sus cuadras.

FELIPE

¿Ha cambiado usted de *jockey*?

BARTHOU

Yo lo digo por eso. Tengo uno que pesa cuarenta y un kilos.

FELIPE

¿White?

BARTHOU

El mismo.

FELIPE

Es un error de ustedes creer que en las carreras el todo es el *jockey*. Ni el *jockey* sólo, ni el caballo sólo. Es asunto de compenetración, amigo Barthou. El ideal sería el centauro. Conozco a White; no lo tomaría ni por 10.000 francos. Es verdad que pesa poco; pero por eso mismo sus muslos son como dos palillos de dientes: no hay músculo.

BARTHOU

Sin embargo, yo tengo esperanzas. El príncipe Cernotow ha prometido de asistir a la lucha y presentar dos caballos, tres cuartos de sangre Sturme y una Poyanter. Sin duda él trata de rehacer su fortuna perdida.

ARÍSTIDES

¿Conque el príncipe Cernotow? ¡Ah!... *(Frotándose las manos.)* ¡Qué gusto, pensar que no voy a

asistir a las carreras! Ese príncipe, con su pantalón y su levita color perla, me descompone la retina para una semana. Señores, me hace perder la idea del matiz. Después, en mi estudio, la carne de Lulú me parece de un verde borracho... ¡Uf!...

LULÚ

Oh, merci, mon ami, de la gentillesse!...

ARÍSTIDES

Perdona, Lulú. Es el color complementario, ¿sabes? El complementario. Por lo demás, tú eres toda nieve y rosa.

LULÚ

¡Y viva el secreto profesional!

ARÍSTIDES

¡Si lo han de ver en el cuadro que presente!

BARTHOU

¿Es impresionista?

ARÍSTIDES

¡Ca, hombre! Manet y Degas han estado tomando el pelo a toda una generación. Mi pintura es honrada. Al pan, pan, y a la carne de Lulú, nieve Hazelina. ¡Tiene una frescura!

LULÚ

Eso no es dudoso: la frescura. Porque allí no hay sino una figura, que es yo, y algunos muebles. Y todos están llenos de telas, salvo la persona, que debía ser lo contrario.

ARÍSTIDES

Lulú, tú quieres saber de todo y no eres sino una bestiecita, y a mí me molestan horriblemente las mu-

jeres que quieren saber de todo. Una vez me enamoré de una muchacha guapísima, elegante; pues bien: mi desconsuelo fué horrible cuando me escribió la primera carta. No había en toda ella ni una sola falta de ortografía. Hasta *amor* lo escribía sin *h*. ¡Hombre, no hay derecho a tanto! Como tú tampoco, Lulú, tienes derecho a entender de Pintura. El cuadro se titula «Hipsipila saliendo del baño». ¡No ibas a salir metida en un albornoz!

DON SENÉN

Bueno, Frifrí, bueno. ¿Y qué tal vida te da Pepe?

FRIFRÍ

¿Pepe? Vea usted. Primero lee a Pierre Louys, y después me toma por conejillo de Indias. ¡Estos españoles que vienen a estudiar a París y que quieren hacer laboratorio de todo!

DON SENÉN

¿De modo que usted está pensionado?

PEPE

Sí, señor. Y estoy haciendo la Memoria.

DON SENÉN

¿En colaboración con Frifrí?

PEPE

Claro.

DON SENÉN

¿Y sobre qué versa?

PEPE

Sobre Derecho internacional.

DON SENÉN

Pues no veo la relación.

FRIFRÍ

Yo sí; pero una no puede decirlo que en la oreja. *(Le habla al oído.)*

DON SENÉN

(Soltando una carcajada.) ¡Las averías gruesas!... Frifrí, eres una diablesa.
(El Criado sale.)

CRIADO

Ces Messieurs sont servis. (Se retira.)

TODOS

¡Hurra! ¡Bravo!, etc., etc. *Et bien,* vamos allá.

RENÉE

Et bien; vamos allá.

BARTHOU

De modo que usted no retorna en España, decididamente.

RENÉE

(Sin dejar a Guillermo.) Eso es imposible, Barthou.

LULÚ

No consentiríamos en ello.

FRIFRÍ

Felipe está ya francés; bien que él se obstina a que a su lado hablemos todos español. ¡Dios sabe las faltas que diremos!

FELIPE

Ya lo oye usted, Barthou. No cabe apelación. El tribunal constituído por Renée, Lulú y Frifrí, resuel-

ve en primera y última instancia que no me acuerde de volver a España; y, naturalmente, no debo pensar en tal absurdo. *(Dirigiéndose con Lulú, Arístides y Barthou hacia el foro.)*

ARÍSTIDES

Yo iré con motivo de la Exposición, pero tarde. A no ser que la guerra, de que ahora se habla tanto, llegue a estallar...

FELIPE

No hay quien lo crea.

BARTHOU

Eso de la guerra es una estupidez... *(Vanse.)*

GUILLERMO

Es preciso que cuides mucho a Felipe. Nada de estimulantes: ni café, ni bebidas, ni estas salsas condenadas de París.

RENÉE

Tú sabes ya que Felipe es indomable; tiene temporadas. Ahora está tranquilizado; pero durante la última semana... aquello fué insoportable.

GUILLERMO

Sí; pero como decimos en España, aunque la comparación no sea muy fina, el hombre es como una guitarra: suena según la templan.

RENÉE

Yo creo que no seré sospechosa respecto de la afección que yo le tengo.

GUILLERMO

Pongamos que no lo eres.

RENÉE

No lo digas con ironía. No lo soy..., sin que pongas nada.

GUILLERMO

Está bien. Perdona. Te has vuelto muy formal. *(Vanse por el foro.)*

ESCENA VII

LULÚ, ARÍSTIDES, FRIFRÍ, PEPE y DON SENÉN

ARÍSTIDES

(Aparece en la puerta comiendo un pastelito.) ¿Vienen ustedes, o no?

FRIFRÍ

Dime, Arístides. *(Se acercan al grupo Arístides y Lulú.)* ¿No crees tú que Renée y Felipe...?

ARÍSTIDES

¿Qué?

FRIFRÍ

Yo no sé; le veo un poco distraído.

LULÚ

Y yo también.

ARÍSTIDES

Pero ¿es que queréis que le esté besando metódicamente cada cuarto de hora?

FRIFRÍ

Yo no digo precisamente de besarse. Vosotros los españoles no sois una raza que ame mucho de besarse. Los franceses besan más. Vosotros preferís abrazar.

ARÍSTIDES

Yo creo que preferimos... *simultanear.* Pero no te extrañe, encantadora Frifrí, de que tengamos nuestra preferencia por el abrazo. Es cuestión de clima.

FRIFRÍ

Yo no lo veo. La Francia es más fría que la España.

ARÍSTIDES

Por eso, justamente. Porque cuando venimos a Francia notamos tal frigidez atmosférica, que se nos hace absolutamente preciso... *(Abrazando a Frifrí)* el reconfortante.

PEPE

(Separando a Arístides.) Oye, pintor de brocha gorda...

ARÍSTIDES

(Desasiéndose de Frifrí, mientras separa con calma a Pepe.) Observa, Pepe, que eres tú quien protesta, y no Frifrí.

FRIFRÍ

Es que las *protestaciones* os enardecen.

ARÍSTIDES

Lo que sea. Además, ahí tienes a Lulú, y ya sabes que no soy un tirano.

LULÚ

Yo quisiera bien que lo fueras. Los tiranos serán crueles, odiosos, pero no son canallas. Vamos, Frifrí. *(Vanse puerta foro.)*

ARÍSTIDES

Primera cosa con sentido común que te he oído

desde que estás a mi lado. Como observarás, mi modelo es una bestiecita muy guapa; tan guapa como bestiecita.

DON SENÉN

¡Que ya es ser bestiecita! *(Vanse foro, quedando un momento sola la escena.)*

ESCENA VIII

FELIPE y GUILLERMO

FELIPE

Déjales que se emborrachen.

GUILLERMO

Por mí...
(El Criado sale, presentando en una bandeja algunas cartas.)

CRIADO

Monsieur: le facteur a apporté la correspondence arrièrée.

FELIPE

¿La correspondencia atrasada? No será mucha. *(Toma las cartas y se va el Criado.)*

GUILLERMO

Es natural. Dada tu voluntaria incomunicación, era imposible escribirte.

FELIPE

(Revolviendo las cartas.) Total... nada. ¡Hombre!... Letra de Gloria... Es mi sombra. *(Sorprendido profun-*

damente ante otra carta.) ¡Eh!... ¿No ves? ¡Me ha escrito mi hermano!

GUILLERMO

No me explico tu sorpresa. Tu hermano será todo lo enemigo tuyo que quieras; pero es tu hermano. Cuando te alejaste de casa...

FELIPE

¡Si es carta reciente! ¡Si el matasellos es del mes pasado!... Sea lo que sea. *(La deja sobre la mesa.)* Veamos antes lo que me dice esta pobre Gloria de mis pecados..., ¡de tantos pecados! *(Lee para sí, y al par de la lectura, su rostro y su actitud demostrarán la estupefacción más intensa.)* ¡Guillermo!... ¡Guillermo!... ¡Es preferible morir! *(Entrega la carta a Guillermo, y entretanto que éste lee, abre precipitadamente la carta de su hermano.)*

GUILLERMO

«Perdona que te moleste con esta carta, pero el asunto lo merece. Lo merece por trágico, por absurdo y por grotesco a la vez. Tu hermano se ha casado, y nada menos que con Octavia Santoveña, tu locura de antes y quién sabe si de ahora también... No quieras saber lo que ha mediado. Tu hermano es rico y Octavia pobre; esto te explicará mucho, si no todo. Y termino. Ayer se fueron en viaje de novios, y más bien parecían el enfermo y la enfermera camino del balneario.—*Gloria.*» ¿Y la carta de tu hermano?

FELIPE

Confirma el casamiento. *(Con calma, que al final no puede contener.)* He aquí, amigo Guillermo, una de esas situaciones de espíritu en que solamente se es capaz de sentir como una sensación de bienestar. Se nota el ánimo tan descuajado como si el alma es-

tuviera limpia de emociones, como recién creada. ¡Octavia casada con mi hermano! ¡Octavia casada con...! Es fuerza repetirlo para ver si lo más inconcebible, lo más absurdo, lo más grotesco, como dice Gloria, puede tomar forma en el espíritu. ¡Octavia!... ¡Octavia!... El infierno se ha conjurado contra mí... Que se hubiera casado..., aun sería horrible; pero ¿con mi hermano? ¿Con mi hermano?... *(Resueltamente.)* Guillermo, me voy a España esta misma noche.

GUILLERMO

Felipe, cálmate, cálmate...

FELIPE

(Con desolación.) ¿Pero no ves que mi pecho va a estallar? ¿Pero es posible contenerse? *(Cae llorando sobre la silla y se apoya de codos en la mesa.)* ¡Octavia!... ¡Octavia!... ¿Por qué la abandoné, Dios mío!... ¿Por qué no me esperó?

ESCENA IX

DICHOS. PEPE y ARÍSTIDES traen en hombros a FRI-FRÍ, quien, dispuesta a brindar, lleva una copa de champán en la mano. BARTHOU sale despeinado, en actitud de beodo. LULÚ, RENÉE y DON SENÉN. Gran bullicio y alegría, que cesan repentinamente al ver la actitud de Felipe.

UNOS

¿Eh?...

OTROS

¿Qué pasa?...

RENÉE

(Corriendo hacia Felipe.) ¡Felipe!... ¿Qué tienes, amor mío? ¿Qué tiene, Guillermo?

GUILLERMO

(Con ironía.) No es nada. Es que tiene, como su poeta favorito,

alegre la tristeza y triste el vino.

¡Pero puede la alegría continuar!

UNOS Y OTROS

¡Bravo! ¡Hurra!

(Todos, menos Felipe, Guillermo y Renée, reanudan el bullicio y los gritos.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón elegante con gran rompimiento al foro, que da a una rotonda o galería de gran balaustrada, con vistas a un jardín. Muebles antiguos. Puertas laterales.

ESCENA I

OCTAVIA y CÉSAR

OCTAVIA

¿No te parece que las incomodidades de los viajes no compensan del placer de viajar?

CÉSAR

¿Por qué?

OCTAVIA

El joven soltero, la hija de familia viven a gusto la vida del hotel, y es natural. Ignoran lo que es la dulce responsabilidad del peso de una casa.

CÉSAR

Has dicho dulce responsabilidad...

OCTAVIA

Y lo es. No tiene una que dar cuentas sino a su marido, que en este caso es como dárselas a una mis-

ma. Y esta responsabilidad está bien contrapesada no más que con la satisfacción de ver las cosas claras, limpias y en su sitio.

CÉSAR

Satisfacción bien fácil de lograr.

OCTAVIA

Pues no sabes, César, el encanto que tienen estas cosas pequeñas, en las que una no ha caído hasta que las hace por sí misma. Tú me decías ayer: «Me parece que no hay tanta efusión en tu cariño como cuando éramos solteros, y yo creo que debía ser al revés.» Así decías, ¿no?

CÉSAR

En efecto, y así lo creía... ayer.

OCTAVIA

No; y ahora también. Y lo más extraño aún es que yo te doy la razón.

CÉSAR

¡Octavia!

OCTAVIA

No porque haya palidecido mi cariño... ¡Qué locura! No, pobre César mío... *(Le pone cariñosamente las manos sobre los hombros.)* Es sencillamente que se ha extendido... a la casa. ¡La casa! ¿Tú te has dado cuenta de todo lo que se encierra en esta palabra? La casa... Porque la casa es, antes que nada, tú; y luego mi madre, y luego los muebles, y las chucherías, y la transparencia del ambiente, y, sobre todo, esta tranquilidad, este bienestar, esta ecuanimidad del espíritu que nada desea con angustia. Tú dices que mi cariño disminuye... No; es que toma otra forma nueva. ¿No serás tú? Noto en ti cierta tristeza...

CÉSAR

Acaso, sí. Al fin tú tienes a tu lado todo cuanto puede llenar tu deseo: tu madre..., yo...

OCTAVIA

Mi conciencia me dice que tú también lo tienes.

CÉSAR

Perdón, Octavia. No lo decía por ti. Me refería a mi hermano Felipe.

OCTAVIA

(Estremeciéndose.) ¡Felipe!...

CÉSAR

Sí, Felipe. En esta casa fué siempre el inadaptado, el que desencajaba, el que sobraba por todas partes, no sé si por una superioridad de carácter que no adivinábamos, o si por su manía de no ver en nosotros sino seres de índole inferior, menos racional o peor constituída. ¿Tú le trataste con alguna intimidad? ¿Eh? *(Octavia, abstraída, no contesta.)* ¿Pero en qué piensas?

OCTAVIA

¿Eh?... ¿Qué decías?

CÉSAR

Si has tratado a Felipe.

OCTAVIA

Sí.

CÉSAR

¿Y no has notado en él...?

OCTAVIA

Algo como orgullo.

CÉSAR

Posible es que fuera orgullo. Sin embargo, yo le envidiaba como se envidia al hombre que parece bastarse a sí mismo. Mi hermano fué el chiquillo travieso, fuerte y siempre soñador. Parecía como si él mismo se hubiera hecho leyes para su conducta, aparte de las de la Naturaleza. Dos años hace que salió de esta casa... Fué a París. Ignoro lo que habrá sido de él. Le escribí participándole nuestra boda, y allá dirigí la carta a la ventura. ¿Lo habrá sabido? Si lo ha sabido y no me contesta, indudablemente que me desprecia.

OCTAVIA

No lo creo.

CÉSAR

¡Oh, no lo dudes! Si su carácter fuera otro, diría que me envidiaba.

OCTAVIA

César, por Dios... En lo que he conocido a tu hermano, puedo asegurarte que no cabe en él esa vil pasión.

CÉSAR

Es posible. Si él nos oyera, diría: Los dioses no envidian.

OCTAVIA

Tampoco, César. ¿Ves? Hay en ti algo de aquella levadura envenenada que os forzó a alejaros el uno del otro como dos enemigos.

CÉSAR

¿Enemigos?

OCTAVIA

Sí. Enemigos... leales; pero enemigos. El día de

vuestra separación debió ser un día de muchas amarguras.

CÉSAR

Cierto. En esta misma sala fué. Me tendió su mano. Vi fija en mí su mirada serena, sin afectación, y como quien cumple un penoso deber de conciencia, se marchó. Y a pesar de todo, créeme que desearía volver a verle y abrazarle. ¡Duele tanto la carne que se nos despega!

OCTAVIA

(Como hablando consigo misma.) Sí, ¡duele tanto!...

ESCENA II

DICHOS y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES

(Sale por la puerta izquierda.) Pero hijos míos, ¿no damos la obligada vueltecita por el jardín?

CÉSAR

Se nos enredó la conversación. Hablábamos de Felipe.

DOÑA MERCEDES

¿De Felipe? ¡Oh!... Dejad esa cabeza destornillada. Felipe ha de acabar por vestirse el hábito de franciscano.

CÉSAR

¿Lo cree usted?

DOÑA MERCEDES

Como si lo viera.

OCTAVIA

Esas cosas ya no se hacen sino en el teatro, mamá.

DOÑA MERCEDES

Y en la sociedad, cuando se hace de ella un teatro. Y no me negarás que Felipe había tomado a todo el mundo por fantoche. Después... aquellos librotes que leía... Ese cuarto *(Señalando el de la derecha)*, que es el suyo, mejor dicho, que era el suyo, y que está igual que como él lo dejó...

CÉSAR

Sigue siendo suyo, doña Mercedes.

DOÑA MERCEDES

Como quieras. Pues bien: lo tuve, para mi tranquilidad, que rociar tres veces con agua bendita. Y si César me autorizara, esos cuadros de mujerazas desnudas y esos librotes de tapas rojas durarían poco tiempo en esta casa.

CÉSAR

No; los cuadros son artísticos, aunque usted crea otra cosa. Pongamos pureza en nuestra mirada y habrá pureza en el lienzo. En cuanto a los librotes, que usted dice, no me interesan. Son de él y él sólo puede disponer de ellos a su antojo. A mí no me inspiran la menor curiosidad.

DOÑA MERCEDES

Pues a mí, sí.

CÉSAR

Ahí está precisamente el mal: en la curiosidad más que en los libros. En todo hay algo bueno y en todo hay algo malo, y seríamos los seres más discretos de la Creación y los más buenos, si tuviéramos, como dice un proverbio, la sabiduría del cisne, que toma la leche de entre el agua.

DOÑA MERCEDES

(Con ironía.) Ese será un proverbio... árabe, ¿verdad? Porque en siendo un proverbio sabio y profundo, ya se sabe, es árabe, así diga una tontería.

CÉSAR

No sé si es árabe o no. Lo que sí sé es que está muy lejos de ser una tontería, y que, antes bien, es una sublime lección de tolerancia.

OCTAVIA

Bien, César; estás dando a mamá un recorrido más que regular.

CÉSAR

Perdón, doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

No era necesario. Puede ser que yo sea excesivamente suspicaz; pero puede ser también que tú seas demasiado buenazo y que por eso veas todo demasiado bien.

OCTAVIA

Eso sería siempre un elogio para ti.

CÉSAR

Ni aun como elogio podría aceptar la galantería. Las personas débiles y no muy sanas, como yo, tenemos que ser buenas necesariamente. ¿Qué arrogancias podríamos permitirnos? Es bondad forzada y sin mérito. La bondad debe predicarse a los fuertes; a los que pueden luchar; a los que por ser excesivamente ambiciosos suelen ser poco equitativos.

DOÑA MERCEDES

Bueno; dejando el sermoneo, ¿venís al jardín?

CÉSAR

Hoy no puedo. Debo estar en el Casino antes de un cuarto de hora.

OCTAVIA

¿Y has de tardar en volver?

CÉSAR

Poquísimo. Además llevo el coche, y así, antes estaré de regreso. Se trata de no sé qué valores que con motivo de la próxima guerra van a estar en alza.

OCTAVIA

¿Pero será cierto eso de que en Europa se declare una guerra?

CÉSAR

Así parece. Por eso decía antes que la bondad debía predicarse a los fuertes.

OCTAVIA

¿Y España también?

CÉSAR

No; por España no hay que temer. España, como yo, está condenada a ser siempre buena. Adiós, Octavia. Hasta luego, doña Mercedes. *(Vase por el foro.)*

OCTAVIA

Voy al jardín. Y como es necesario llevar compañía y tú no querrás acompañarme...

DOÑA MERCEDES

Hija mía, contigo me duermo forzosamente.

OCTAVIA

Por eso lo decía. Como es necesario compañía *(Entra en el cuarto derecha y sale con un libro blanco)*,

llevaré este libro. No hay cuidado, que no es de los de tapas rojas, como tú dices. Es de tapas blancas; tan blancas como los sueños de los niños. Lo cogí al azar.

DOÑA MERCEDES

(Tomando el libro.) El fuego, D'Annunzio. No sé... Las tapas son blancas; pero el titulito...

OCTAVIA

Es un título purificador. Hasta luego, mamá.

DOÑA MERCEDES

Adiós, hija. *(Vanse. Octavia por la rotonda, dirección izquierda, y doña Mercedes por la puerta izquierda.)*

ESCENA III

CRIADO, FELIPE y GUILLERMO aparecen por el foro, dirección derecha, después de haber quedado un momento desierta la escena.

CRIADO

¡Señorito Felipe!... ¡Válgame Dios!... ¿Usted en Madrid y en esta casa? ¿Y el señorito Guillermo?

FELIPE

¿Te extrañas de verme aquí? Yo creo que esta casa es también la mía.

CRIADO

Sin duda; pero han cambiado tanto las cosas en estos últimos tiempos... Cuando se entere don César...

FELIPE

Se alegrará, ¿verdad?

GUILLERMO

Siempre se alegra un hermano de ver a un hermano.

CRIADO

Así parece. Voy a avisarle a la señorita Octavia.

FELIPE

Espera. ¿Quién está en casa?

CRIADO

La señorita Octavia y doña Mercedes. Su hermano don César fué al Casino. La señorita Octavia estará, como de costumbre a estas horas, en el jardín. Ahora... yo haré lo que usted me ordene. ¡Pero qué cambiado está el señorito Felipe!

FELIPE

Y mi hermano, ¿cómo se encuentra?

CRIADO

Delicado, como siempre... Ya sabe usted que en esta casa, ya desde niño, se abría el botiquín sólo para él.

FELIPE

¿Y Octavia?

CRIADO

¡La señorita Octavia!... ¿Se acuerda usted de aquellas cartas que yo llevaba y traía?... Después tuve que llevar otras cartas... que, como las de usted, también solían llegar humedecidas...

FELIPE

Basta, basta. Vete a decir a Octavia que estoy

aquí, que la espero. Pero, oye, vete despacio... No te importe tardar...

CRIADO

Su color va a cambiar cuando oiga el nombre de usted.

FELIPE

Vete, vete.
(Vase el Criado por el foro, dirección izquierda.)

ESCENA IV

FELIPE y GUILLERMO

FELIPE

Tiemblo como el adolescente que arde de deseo ante el primer pecado.

GUILLERMO

El criado tiene razón. Has hecho mal en venir.

FELIPE

Es tarde ya.

GUILLERMO

No para salir de esta casa antes de que provoques lo que después será irremediable.

FELIPE

Imposible. En estas circunstancias parecería una huída cobarde y vergonzosa. Además, comprende que no me pertenezco ya. Me mueve una fuerza superior a la de mis músculos.

GUILLERMO

Porque te has empeñado en alimentarla como a

una fiera, con frenesí extraviado. Te lo advertí en París: no te preocupes de Octavia; deja que cada cosa siga su trayectoria.

FELIPE

Efectivamente; pero sin que sea a costa de apartarme de la mía. *(Con energía.)* Además, he cerrado los ojos, y ni sé ni quiero saber lo que piso.

GUILLERMO

Eso es de un egoísmo brutal. Tú te hiciste un mundo tuyo; te rodeaste de quien quisiste para tu servicio o para tu capricho. Ahora te enteras de que Octavia, acaso desesperada de tu proceder, se rindió a otro, que, para mayor desdicha, es tu propio hermano. Abandonas, anegada en lágrimas, a Renée, como un día abandonaste a Octavia, y ahora te empeñas en destruir un hogar de gentes débiles, pero probablemente felices, sin más razón ni ley que un enorme egoísmo o un capricho versátil.

FELIPE

No, Guillermo, no. Me juzgas mal. Yo, el hombre que ha tenido, como decís vosotros, todo cuanto una imaginación calenturienta pudo anhelar, que no ha sabido lo que es un deseo no satisfecho, algo sagrado tendrá en su alma, algo inmaculado habrá en su aspiración cuando troncha su vida en medio de lo que por ahí se llama la plenitud del triunfo y de la felicidad, y prefiere afrontar situaciones absurdas y monstruosas a los ojos del mundo, antes que prescindir de su derecho a la vida: a la verdadera vida magnificada por el amor.

GUILLERMO

Entonces, ¿cuál es tu propósito?

FELIPE

No sé. Por lo pronto, inquirir el misterio de ese

matrimonio inconcebible. Y hablar con Octavia. Ella me descubrirá en caridad hasta el rincón más oculto, y su palabra guiará mi paso. Una vez más busco la verdad, que es sendero y fortaleza.

GUILLERMO

La verdad... Buscas la verdad tuya; la de tus nervios. Felipe, eres absorbente. Tienes el prurito de la fortaleza, cuando no puedes dominar una cosa tan endeble como son los nervios.

FELIPE

Calla, Guillermo.

GUILLERMO

Por otra parte, tu rival, para que el sarcasmo sea mayor, es tu propio hermano, inconsciente, sin duda, de que con su determinación te hería en lo más hondo del pecho. Ante hechos de tal naturaleza, ¿qué clase de razones vas a encontrar para convencer a Octavia de que tanta desventura no es irremediable? Esto es de sentido común.

FELIPE

¡Razones!... No las encontraré ni las buscaré siquiera; porque Octavia y yo frente a frente, ¿qué necesidad tendremos de razones?

GUILLERMO

¡Quién sabe!

FELIPE

Yo. ¿Qué razones tiene un imán para atraer a otro imán? ¡Razones!... ¡Sentido común!... Es decir, lógica de gabinete, cuando no de carbonero. ¿Y esa lógica estrecha es la que ha de normalizar el sentido augusto de la vida? No, no. ¡Paso al amor! ¡Que el amor decida de mi problema!

GUILLERMO

Está bien. Ya sé que sólo hay matrimonio donde hay unidad moral. Pero es muy posible que entre César y Octavia la haya.

FELIPE

Es que el sacrificio, la renunciación y aun el agradecimiento pueden ser unidad moral entre dos que, a pesar de todo, no se aman. Y nadie tiene derecho al sacrificio de los demás. En cambio todo el mundo lo tiene a vivir, y por eso yo proclamo el derecho de los fuertes, de los preparados para la lucha. La vida nos impone el deber de exaltarla continuamente, pues sólo es vida la superación de la vida. Todo lo demás es fracaso y decadencia. Y con esto fijo mi norma de conducta y me someto al porvenir, como a un juez ante el que hay que deponer.

GUILLERMO

(Apesadumbrado.) Está bien. Te dejo. Eres hombre y eres fuerte; pero ¡qué poco tienes de humano!

FELIPE

(Arrepentido.) ¡Oh, no! Guillermo, no me dejes solo.

GUILLERMO

Sí. Ahora eres más razonable. Bien supuse que acaso todas tus arrogancias no eran sino el disfraz de tu debilidad. Deja que hable tu corazón, pero sin orgullo. Déjale que sea sincero. *(Vase por el foro, dirección derecha.)*

ESCENA V

FELIPE y OCTAVIA

OCTAVIA

(Por el foro, dirección izquierda.) Felipe... Esto es una imprudencia, una locura. Tú no has debido acor-

darte de nosotros para nada. Nosotros te habíamos olvidado ya. No creo que tengas ningún derecho...

FELIPE

Yo nunca he tenido derechos. Por no tenerlos salí de esta casa. Por no tenerlos ignoré hasta lo que los padres por naturaleza deben a sus hijos: el derecho al amor y a la ternura. ¿En quién confiar si no confío en ti?

OCTAVIA

Yo también creí tenerlos sobre tu corazón, y tú olvidaste tu deber.

FELIPE

Me hicieron desamorado, Octavia. Damos lo que nos dieron. Nadie salta más allá de su propia sombra. Pero tú, Octavia mía...

OCTAVIA

(Horrorizada.) ¡Silencio, por Dios! Es preciso que te vayas, Felipe. Sobre tu imagen eché una losa en mi corazón. Nada de ti queda en mi memoria. Se borró todo: amores y ultrajes. Vete, por tanto.

FELIPE

Ahora menos. Déjame que confíe en esa insensibilidad de que haces gala. ¡Dichosa tú que no sabes lo que es llevar el corazón en carne viva!

OCTAVIA

(Con irritación que la delata.) ¡Tú no puedes hablar así! *(Volviendo sobre sí misma.)* Ni yo tampoco debo hablar así. *(Pausa.)* ¿A qué esperas?

FELIPE

A hacer tu corazón unánime con el mío.

OCTAVIA

No quiero recordarte de mi honradez, porque en estas circunstancias sería ridículo. Me basta con recordarte que soy la esposa de tu hermano.

FELIPE

Sí; ha dado la casualidad de que César es hermano mío; yo no tengo la culpa. Y en cuanto a que tú eres su esposa, eso dependerá de lo que tú entiendas por ser una esposa.

OCTAVIA

No; no comiences con los antiguos subterfugios. No puedes tener ni una sola razón para acercarte a mí. Me dejaste porque quisiste. Fuí todo lo tuya que puede ser una mujer que nada quiere de sí misma. Cuando más ansia tenía de tu amor, de tu generosidad, me abandonaste fríamente. No hubo entre nosotros ni aun siquiera los reproches justos o injustos, pero que explican las actitudes extremas. Ese desprecio inmerecido a la mujer que fué tu sierva me despedazó el alma, me arrancó toda esperanza, y por último me endureció hasta la raíz de mis sentimientos. Perdido tú para mí, me hubiera lanzado, como tantas otras, a una vida de equívocos y miserias, si un sentimiento de repugnancia, de ira hacia vosotros, y la amargura de mi decoro herido tan indignamente, no hubiera detenido mis pasos en medio de mi propósito. No; quise ser fuerte y digna en medio de mi tribulación, y lo fuí a costa de arrancarme las entrañas al arrancarme tu recuerdo. Y ahora en que tranquila, si no dichosa, tenía ante mis ojos días de reposo, vuelves a ennegrecérmelos y a turbar esta calma ganada a costa de tanta renunciación...

FELIPE

Octavia, veo con satisfacción que es el odio quien habla por tu boca. ¡Bendito odio, hermano del amor!

OCTAVIA

¿Pero aun sospechas que yo sería capaz...?

FELIPE

Cálmate y siéntate.

OCTAVIA

No me siento. Di brevemente cuanto tengas que hablar. Estoy violenta.

FELIPE

(Conteniéndose.) Siéntate por favor... o por odio, o por lo que quieras. Pero siéntate y óyeme.

OCTAVIA

(Se sienta.) Me siento porque te conozco.

FELIPE

Es este el momento supremo de mi vida. Yo sería un traidor, un falsario, si al arrancar tu calma no lo hiciera a costa de la mía. No juzgues de mis actos por impresiones inmediatas, y ve por encima de mis palabras la pureza de mi intención. Fueron las imposiciones de mi padre quienes me alejaron de ti. Pero tú has estado siempre en mi alma, Octavia. ¡Si basta el ser bueno para estar en constante oración, yo te he rezado tanto, Octavia mía, en medio de mis soledades!...

OCTAVIA

¿Por qué te marchaste, pues?

FELIPE

No fué un capricho, como crees, quien me lanzó de tu lado. Fué precisamente la religiosa veneración con que te amaba.

OCTAVIA

¡Qué crueldad!

FELIPE

Lo fué, aunque no lo creas. Te veía tan alta, tan llena de santidad, que me sentí empequeñecido y en mancha de pecado cuando vi que quien más debía conocerme me consideraba capaz de un escarnio vergonzoso. Quería purificarme de aquel cieno que cayó sobre mí, y huí lejos, muy lejos, pero nunca lo bastante, de ti, Octavia, que, metida en mi pecho, todo temblor, te oía suspirar con cada estremecimiento mío. Te pudieron decir que me anegué en una vida loca y desenfrenada... ¡Cierto!

OCTAVIA

¡Ah!...

FELIPE

¡Ciertísimo!... Me abracé a ella rabiosamente. ¡Todo era poco para estrangular mi pena! Pero siempre, siempre, cuando tras el desbordamiento de todas las locuras caían ellos y ellas en un sopor imbécil, en una inconsciencia estúpida, una lágrima abrasada, que era una piadosa plegaria a tu recuerdo, me gritaba que estabas viva y triste, sollozando en mi pecho, como antes, como siempre, con cada estremecimiento mío.

OCTAVIA

(Llorando.) ¡Felipe!...

FELIPE

Te lo escribí. Lo supiste, a pesar de la distancia.

OCTAVIA

Felipe, no te puedo escuchar más. La conciencia me dice que estoy faltando a mi deber. ¿Por qué has venido, ¡Dios mío!, por qué?

FELIPE

Respóndeme antes: ¿qué ángel malo te inspiró el casarte con César? ¿Fué odio? ¿Fué perversidad?

OCTAVIA

(Llorando.) Fué desesperación. Acaso el anhelo de amar en el que se quedaba algo del ausente. *(Rectificando.)* Pero por encima de todo fué obediencia. Mi madre me lo ordenó. César no supo jamás de nuestro viejo cariño. Un día se acercó a mi madre, y otro... mi madre dispuso. Eso fué todo.

FELIPE

¿Pero en nombre de la obediencia se puede ahogar lo que hay de más puro en la criatura humana? Dios no puede obligar a una obediencia tan servil, que toca los linderos de la indignidad. ¿Y por qué no esperaste en mí?

OCTAVIA

Desesperé de esperar.

FELIPE

¿Y por qué no te rebelaste en nombre de tu esperanza... o de tu desesperación?

OCTAVIA

(Con amargura.) ¡Rebelarme! ¡Rebelarme, Dios mío!... ¿Pero me han educado acaso para rebelarme? ¿Pero me han enseñado otra ciencia que la de obedecer, obedecer siempre, obedecer ciegamente, sin protesta? ¿Qué hay en mí hecho para la rebelión? Y después que me han dejado así, algo sin carácter, me repruebas el que no me comporte de otro modo, cuando yo soy quien tiene derecho a gritar: ¿Qué han hecho de mi espíritu?

FELIPE

Tu misma audacia te lo hubiera descubierto.

OCTAVIA

¡Rebelarme en una familia que vosotros habéis organizado a vuestro modo!... Acepté la protección de tu hermano — nosotras, desgraciadamente, no podemos hablar sino de protección — porque me ordenaron que la aceptase. Hubiéranme enseñado a ser otra de lo que soy, y entonces hubiera meditado antes de contestar.

FELIPE

Eso no es obediencia, sino esclavitud. *(Sarcásticamente.)* La obediencia de la vieja y honrada familia española, organizada con todas las negaciones de la vida firme y rebelde, con ambiciones estranguladas, con deseos que se hacen fracasar; sociedad en pequeño, donde hasta las miserias son pequeñas y ruines; donde es delito el atrevimiento de romper los misterios de la vida; donde todo anhelo noble se reputa malicia: el ansia del niño por descubrir el misterio del juguete roto, malicia; los ojos sorprendidos de los niños ante los besos de sus padres, malicia...

OCTAVIA

(Interrumpiéndole.) Sí, y así juzgáis también vosotros el afán de la mujer celosa por descubrir la causa del desamor de aquel a quien apenas se atreve a llamar suyo. Todo lo que os molesta u os obliga a un sacrificio, por mínimo que sea, lo reputáis también malicia. Y yo os digo que es la conciencia de nuestra propia debilidad.

FELIPE

¡Sed fuertes!

OCTAVIA

Ese es un grito ocioso. Es lo mismo que si nos di-

jerais: «¡Cruzad de un salto ese río!» ¡Sed fuertes!... Y nos obligáis a luchar sin fuerzas contra vuestra astucia y vuestro cinismo. Y cuando al fin nos arrancáis esto que a los ojos del mundo es el tesoro más preciado y más frágil de la mujer *(Llorando)*, entonces nos abandonáis por fracasadas y débiles, después que os habéis pasado siglos y siglos ahogando todo lo que en nosotras hubiera sido fortaleza.

FELIPE

Silencio, Octavia. Siento tus palabras revolverse en mi herida como si fueran un arma fría y despiadada. Deja que hable tu corazón, y si éste me repudia...

OCTAVIA

(Levantándose.) En absoluto.

FELIPE

¿Te atreves a repetírmelo mirándome a los ojos?

OCTAVIA

No. Hay una luz que ciega más que ilumina, y no quiero cegar más. *(Con brío.)* No quiero sino recoger las pocas fuerzas que me quedan dispersas para decirte: A pesar de todo, me es imposible odiarte; pero puedo abandonar esta casa y recluirme a solas bajo todo este mundo de desdichas que pesa sobre mí. *(Llorando desesperadamente.)*

FELIPE

(Dirigiéndose sollozando hacia Octavia.) ¡Octavia!...

OCTAVIA

¡Jamás! *(Huye a tiempo en que sale doña Mercedes. Felipe habrá caído sobre una silla, ocultando el rostro. Octavia se abraza, llorando, a su madre.)*

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES

(Absorta.) ¡Felipe!... ¡Tú aquí!...

OCTAVIA

¡Mamá! ¡Mamá!... Que no lo sepa... Le adoro con toda mi alma... Toda mi vida corre hacia él... Es todo mi espíritu que se me exhala en sollozos...

DOÑA MERCEDES

¡Dios mío, qué desgracia!...
(Felipe se levanta y se dirige hacia la balaustrada de la rotonda, como necesitando calmar la turbación de su ánimo. Después se va alejando poco a poco.)

ESCENA VII

DOÑA MERCEDES y OCTAVIA

OCTAVIA

Ha sucedido lo que tantas veces temí. Y es que por encima de la voluntad, el corazón hace su oficio. «La mujer se adapta a todo», me decías tú. Sí; todo lo elemental del espíritu, lo menos noble, sabrá plegarse a la conveniencia; pero hay en lo más hondo de las entrañas un fondo de pureza que no se puede sobornar, y éste, éste es quien ahora se está haciendo justicia.

DOÑA MERCEDES

¿Me reprochas?

OCTAVIA

No, mamá; pero con todo tu cariño, con todo tu interés por mi bienestar, ¡qué desdichada me has hecho!

DOÑA MERCEDES

Hija mía, desprecia toda exterioridad. César es el hombre de todas las bondades.

OCTAVIA

No es hora ya de cantar excelencias morales. El resignado, por el mero hecho de resignarse, renuncia al derecho de escoger. Y yo escogí demasiado pronto o demasiado tarde. Ahora a sufrir.

DOÑA MERCEDES

Eso, no. Felipe saldrá de aquí.

OCTAVIA

Entonces... a sufrir más aún.

DOÑA MERCEDES

El tiempo cura todo. Pero es preciso que desaparezca Felipe de esta casa antes de que llegue César. Sería horrible que se presentara tu marido en estas circunstancias.

OCTAVIA

Felipe no se irá. Le conozco.

DOÑA MERCEDES

Le despides tú.

OCTAVIA

(Sonriendo con amargura.) ¿Yo? ¡Ah, mamá! Tú también eres de las que nos gritáis: «Cruzad de un salto ese río...»

DOÑA MERCEDES

Estás desvariando.

OCTAVIA

Ahora menos que nunca.

DOÑA MERCEDES

¿Pero no despedirás a Felipe?

OCTAVIA

No me quedan fuerzas. Mi voz me delataría. Y mis lágrimas le suplicarían lo contrario. Que lo haga César.

DOÑA MERCEDES

Tú quieres provocar una catástrofe.

OCTAVIA

Antes la habéis provocado vosotros en mi alma. Yo hubiera vivido muy a gusto devorando mi pena: la otra, que pudo ser remediada; no ésta, que es irremediable. Hay quien se alimenta toda una vida de un viejo dolor, y encuentra en esa pena que devora sabores tales, que quitarle la pena sería quitarle la vida. Y tú me la quitaste obligándome a casarme con César.

DOÑA MERCEDES

Para poder vivir.

OCTAVIA

(Con desaliento.) Es verdad. ¡Había que vivir!... ¡Y ya estamos viviendo!... ¡Ya estamos viviendo!... *(Vase llorando por la puerta izquierda.)*

ESCENA VIII

DOÑA MERCEDES y FELIPE

FELIPE

(Volviendo a escena.) Doña Mercedes: si hay un Dios que pide a los padres cuenta de la educación que han dado a sus hijos, la de usted tiene que ser muy larga y muy negra.

DOÑA MERCEDES

Tanto, por lo menos, como la que muchos hijos deberán dar por su conducta para con sus padres.

FELIPE

¡Ah!... ¿Pero usted es también de las madres que creen que los hijos...? Sí; es natural.

DOÑA MERCEDES

No te entiendo, y no es extraño. ¡Tan pocas veces te he entendido!

FELIPE

Quiero decir que es usted de las madres que echan mano de todos los comodines al uso para explicar lo inexplicable. A falta de razones, no está mal que los demás piensen por uno. «Los hijos son unos ingratos.» «No saben lo que deben a los padres.» Esto lo dicen los padres porque no quieren recordar que fueron hijos. ¡Ah, señora! ¡El día en que los hijos se instituyeran en jueces!...

DOÑA MERCEDES

¡Qué horror!

FELIPE

Es verdad. ¡Qué horror!... ¡Oh, la frase del libro

divino, escrita para los hijos que sufren y que un día habrán de ser padres: «¡No juzguéis, si no queréis ser juzgados!»

DOÑA MERCEDES

Cosas de esos librotes.

FELIPE

Son palabras de el Hijo, señora.

DOÑA MERCEDES

¡Qué ingratitudes las vuestras!

FELIPE

¡Cómo ingratitudes!... ¿Pues y la satisfacción de vivir en este valle de lágrimas? ¡Pobres hijos, hijos de tantos descuidos!...

DOÑA MERCEDES

Todo esto me causaría horror, si no fuera tan grotesco. ¿Y los sacrificios que costáis a los padres?

FELIPE

Es natural. De algún modo han de acallar los remordimientos de la conciencia.

DOÑA MERCEDES

No puedo seguirte a través de tanta locura. Pero siento pasos... *(Adelantándose hacia el foro.)* Es César...

ESCENA IX

DICHOS y CÉSAR

CÉSAR

¡Felipe! *(Corre a abrazarle.)*

FELIPE

¡César!

CÉSAR

¿Has venido acaso...?

FELIPE

Porque te has casado he venido, sí.

CÉSAR

¿Y habrás olvidado nuestros viejos rencores?

FELIPE

¿Aquéllos? Todo.

CÉSAR

Ciertamente que en la vida del hombre hay una época para las estupideces pueriles y otra para el buen sentido. No culpemos a nadie de lo que ya pasó. Doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

¿Por qué me llamas doña Mercedes?

CÉSAR

O... mamá. (¡Esta costumbre!) ¿Quiere usted decir a Octavia que está aquí Felipe?

DOÑA MERCEDES

Ya lo ha visto.

FELIPE

Sí.

CÉSAR

¿Ha estado contigo? ¿Y te ha dejado solo?... Pero... *(A doña Mercedes.)* Dígala que la esperamos. *(Vase doña Mercedes por la puerta izquierda.)* ¿Y tu vida de estos años? ¿Has sido feliz?

FELIPE

(Secamente.) No.

CÉSAR

Es tu carácter, Felipe. ¡Has sido siempre tan inquieto! En otros tiempos tú hubieras sido un descubridor de mundos.

FELIPE

Esos se descubren en todos los tiempos. Lo que sucede es que el descubrimiento de los de ahora da poca gloria. ¿Y tú?

CÉSAR

¿Yo? Ya sabes que yo he sido siempre hombre de pocas exigencias. No obstante, desde que me casé soy dichoso. Octavia supera a todo deseo. Cuando me encontré solo en esta casa, en la que quedó el silencio de un claustro, me invadió una tristeza sin límites. Esa habitación tuya *(Señalando la de la derecha)*, con sus colores vivos y sus lienzos exóticos y sus cachivaches raros, me parecía una profanación, un sacrilegio, en la casa obscura y desolada. Perdona... No lo digo con aire de censura, sino para descubrirte el estado de mi espíritu.

FELIPE

Pudiste convertir todo en cenizas.

CÉSAR

Nada de eso, ¡por Dios! Ahí está todo tal como lo dejaste. Si algo había que no debiera interesarnos, yo te juro que no he traspasado ese umbral.

FELIPE

¡Oh!...

CÉSAR

De Octavia puedo decirte, mujer al fin, que ha

leído alguno de tus libros, y hasta que ha sido su obsesión la cajita de concha que tienes sobre un bargueño y que debe estar cerrada.

FELIPE

Será mejor que no la abra.

CÉSAR

¿Eh?...

FELIPE

Por lo demás, yo te agradezco tu delicadeza. Es verdad que salí de aquí precipitadamente, sin pensar en nada... Uno de esos desvaríos que ciegan la mente... ¿Decías...?

CÉSAR

Decía que así transcurrió algún tiempo. Un día la casa triste se alegró como iluminada por un sol nuevo: Octavia había pasado por ella. Vino con su mamá a hablarme de nuestro padre, a animar unos instantes mi soledad. Aquella alegría en todo, en la casa y en mí mismo, fué una revelación. Había encontrado lo que necesitaba.

FELIPE

¿Octavia?

CÉSAR

Octavia.

FELIPE

¿Y accedió inmediatamente?

CÉSAR

(Extrañado.) No comprendo tu pregunta.

FELIPE

Perdona... ¡Estas vehemencias mías!... Me refiero

a esas reservas tan explicables en toda mujer discreta...

CÉSAR

Las hubo, ciertamente; y hubo que vencerlas con alguna resistencia; no te puedo ser más sincero.

FELIPE

Yo estaba enterado de cierta penuria en esa pobre familia. El papá debía tener algunos créditos contra doña Mercedes, que databan del padre de Octavia...

CÉSAR

Exacto.

FELIPE

¿Créditos que no quedarían saldados a la muerte de papá?

CÉSAR

No.

FELIPE

(Intencionadamente.) ¿Y que en cambio quedarían saldados con tu matrimonio?

CÉSAR

(Levantándose.) Sí; pero oye...: observo en tus preguntas algo capcioso...

FELIPE

(Sin titubear.) Sencillamente. Doña Mercedes te dió su hija y tú le devolviste el recibo. ¡Ha sido el gran negocio de tu madre... política!

CÉSAR

(Perplejo.) ¿El recibo?... Es decir..., ¿el precio de la compra?... ¡Y si fuera verdad!... *(Reaccionando.)* Pero

no, no. Esto es como una alucinación... Solamente quien haya comerciado en mercados tan viles puede concebir tal sospecha... *(Dirigiéndose rápidamente hacia la puerta izquierda.)* ¡Octavia!... ¡Octavia!...

ESCENA X

Dichos y CRIADO

CRIADO

De parte de doña Mercedes, que la señorita Octavia no puede salir, porque se siente indispuesta.

CÉSAR

¡Indispuesta!...

CRIADO

(Con toda la mala intención del mundo.) Sin duda la impresión por la venida del señorito Felipe. *(Vase.)*

CÉSAR

¿Eh?... ¿Cómo?... *(Tras de un momento de perplejidad, como quien después de haber comprendido, toma una resolución.)* Felipe, te agradecería que no volvieses más a esta casa.

FELIPE

Está bien. Desearé complacerte, pero sospecho que no podrá ser.

CÉSAR

¿Por qué?

FELIPE

Porque tú me llamarás. Adiós. *(Se despide sin afectación, procurando evocar una escena semejante ya descrita en la obra. Vase por el foro, dirección derecha.)*

CÉSAR

(Después de alguna vacilación se dirige hacia la habitación de la derecha.) Esto es una cobardía, pero hay que ser egoísta una vez en la vida. *(Entra y a poco sale con la cajita; hace esfuerzos violentísimos por abrirla, y al fin salta la tapa y caen al suelo cartas, flores secas y un retrato de Octavia. Lo toma.)* ¡Octavia!... ¡Era verdad!... *(Con dolor y despecho.)* ¡He COMPRADO una mujer!...

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

ESCENA I

CRIADO y GUILLERMO. Al levantarse el telón se ve al Criado dirigirse hacia el foro y desaparecer por el mismo en dirección derecha. Luego sale con Guillermo.

CRIADO

Pase, señorito Guillermo.

GUILLERMO

¿Está César en casa?

CRIADO

No, señorito. Está solamente la señorita Octavia. Don César para aquí poco desde hace algún tiempo. ¿Recuerda usted el día en que vino a casa con el señorito Felipe?

GUILLERMO

No; pero medio mes si habrá transcurrido, cuando menos.

CRIADO

Mañana mismo lo hace.

GUILLERMO

Medio mes... Aun parece poco. ¡Cuántos acontecimientos no han ocurrido durante este medio mes!... Se declaró la guerra; nuestros amigos emigrados han vuelto a España precipitadamente...

CRIADO

En todas partes ha habido acontecimientos, don Guillermo. También en esta casa los señoritos se declararon la guerra. La señorita Octavia estuvo, como consecuencia, unos días en cama; don César comenzó a faltar de casa horas enteras, lo que nunca había hecho, y doña Mercedes, después de haberse pasado dos días llorando detrás de todas las puertas, salió de aquí y nadie sabe dónde se encuentra.

GUILLERMO

¡Pobre familia!

CRIADO

¡Pero si tenía que ser así!

GUILLERMO

¿De modo que César no ha dejado recado alguno de su vuelta?

CRIADO

Nada. ¿Quiere usted que avise a la señorita?

GUILLERMO

No; la saludaré en otra ocasión. *(Suena el timbre.)*

CRIADO

Voy, con su permiso, a abrir la puerta. *(Vase y vuelve a poco con una tarjeta.)* Un señor pregunta por el

señorito Felipe... No me extraña que vengan a esta casa, porque el señorito Felipe no tuvo jamás otra. *(Leyendo la tarjeta.)* Lucas Requejo.

GUILLERMO

¡Hombre!... ¡Requejo! Llámele; dígale que estoy e invítele a entrar y a esperar. *(Vase el Criado.)* Tendré mucho gusto en hablar con él.

ESCENA II

GUILLERMO y REQUEJO

REQUEJO

Buenas tardes, don Guillermo. Ya sabía que había vuelto usted a la tierra.

GUILLERMO

Sí, Requejo. ¿Y usted?

REQUEJO

A mí me echó la guerra maldita. Llegué ayer. Hace como diez días que vino también a España Arístides, el pintor. Se disolvió por completo el grupo de amigos de la calle de Gambetta.

GUILLERMO

¡Lástima!... ¡Un grupo tan pintoresco!...

REQUEJO

Muy pintoresco; pero con poco sentido de la realidad.

GUILLERMO

Y usted, ¿qué tal?

REQUEJO

Ya no sirvo para nada. He notado que la inteligencia no trabaja, y que voy perdiendo la noción del cálculo problemático. No hay operación de Bolsa que me salga bien, y esto precisamente venía a decirle a don Felipe. Con la maldita guerra las acciones del ferrocarril franco-belga vinieron abajo.

GUILLERMO

¿Y había comprado usted?

REQUEJO

Es claro. ¿Quién hubiera sospechado que la guerra iba a estallar?

GUILLERMO

¡Pobre Requejo!... Tiene usted razón. Es usted hombre de mala suerte. ¿Y habrá usted quedado...?

REQUEJO

No; pero si los valores no eran míos. Eran del señorito Felipe.

GUILLERMO

¡Ah!... ¿Pero es Felipe quien ha perdido la baja?

REQUEJO

¡Claro!... Casi todo su capital. ¡Si yo me resistía a comprar!... Pero él no disponía nunca... Todo lo dejaba sobre mis espaldas...

GUILLERMO

Ya.

REQUEJO

El dinero le ha pesado siempre como un pecado mortal. Su legítima materna, con la cual ha vivi-

do — pues ya sabe usted que don Ramón, su padre, le desheredó, no se sabe por qué — , hubiera sido derrochada en poco tiempo a no haber sido por las cortapisas que yo oponía a sus esplendideces.

GUILLERMO

Felipe ha sido siempre demasiado confiado.

REQUEJO

Y demasiado romántico, don Guillermo. El último romántico le llamaba yo... Calcule usted que a los pocos días de conocer a la señorita Renée ya la había dotado con veinte mil duros. ¿No es un pecado mortal?

GUILLERMO

Lo es. Parece que habla usted de Renée con alguna displicencia.

REQUEJO

Nunca me quiso bien. Al día siguiente de la marcha de ustedes vino a mi casa, deshecha en lágrimas. Quería correr a España detrás de don Felipe, y lo hubiera hecho a no detenerla yo. Bien que, por lo visto, se consoló muy pronto. Ahora lamentará don Felipe aquellos caprichos de la señorita que él ponía por encima de su cabeza. En resumen: yo he administrado como he podido, y en ocasiones hasta he perjudicado mis propios intereses. Como Sancho, pobre soy y pobre he de morir.

(Óyense voces fuera y entran Arístides y Lulú.)

ESCENA III

Dichos, ARÍSTIDES y LULÚ

ARÍSTIDES

Esta casa es como la mía. Pasa, Lulú... ¡Oh, amigo Guillermo!... ¡Hola, Requejo!...

GUILLERMO

¡Amigo Arístides!... ¡Amiga Lulú!...

LULÚ

¡Oh! Se dice que el mundo es muy grande, y uno encuentra a sus amigos en todas partes.

REQUEJO

(¡Vayan al diablo los señoritos bitongos!...) *(Se escurre por el foro.)*

ESCENA IV

GUILLERMO, ARÍSTIDES y LULÚ

ARÍSTIDES

(A Lulú.) ¿Pero tú crees que el mundo es sólo España y Francia? Es algo más. Está también la China y... ¡Cómo!... ¡Se ha ido Requejo sin decir palabra!...

GUILLERMO

Déjalo. Va con su conciencia. Es un judío redomado.

ARÍSTIDES

Siempre me ha parecido lo mismo. ¡César! ¡César!... ¿Dónde está César? He oído que se ha casado. A ver... ¡Que nos presente a su señora!

LULÚ

No, Arístides. Eso no me parece muy bien.

ARÍSTIDES

¿Por qué? A los ojos de todo el mundo estás pa-

sando por mujer mía. Nada de particular tiene el que yo me haya casado con una francesa.

GUILLERMO

Pero tendría el que una francesa se hubiera casado contigo.

ARÍSTIDES

¡Hombre!... No seas cáustico. ¡César!...

GUILLERMO

No te molestes en alborotar. César no está en casa.

ARÍSTIDES

Estará Felipe.

GUILLERMO

Tampoco está Felipe.

ARÍSTIDES

Entonces, ¿qué haces aquí?

GUILLERMO

Esperarles.

ARÍSTIDES

Esperaremos todos, aunque nosotros por breves instantes. ¿Eh, Lulú?

LULÚ

Bueno. Yo no he hecho otra cosa en mi vida. Siempre esperar sentada.

ARÍSTIDES

Sentada... o de otro modo más cómodo.

GUILLERMO

(Riéndose.) Veo que no pierdes el buen humor.

ARÍSTIDES

Al lado de Lulú es imposible perder el buen humor. La he llevado al Museo de Pinturas, al clásico, ¿y qué comentario creerás que se le ha ocurrido ante «Las tres Gracias», de Rubens?

GUILLERMO

¡Qué sé yo!

ARÍSTIDES

Pues un comentario muy francés. Dice: «¡Por lo visto esas señoras no se alimentaban sino de *Pilules orientales!*» *(Dicho como está escrito.)*

LULÚ

Tú te has propuesto sacarme los colores al rostro.

ARÍSTIDES

Los tienes siempre, monísima Lulú; pero no son los colores pudorosos de la vergüenza, sino los carmines estridentes del tocador. ¡A mí me descomponen la retina!

GUILLERMO

¿Y tu cuadro?

ARÍSTIDES

Está haciendo furor. Lo he expuesto en el Salón rojo del Palace y por allí ha desfilado todo Madrid. ¡Y qué comentarios!

GUILLERMO

Vi la reproducción en las revistas ilustradas.

ARÍSTIDES

Esa reproducción estaba muy mal hecha. Hay que ver el color, el matiz, la vibración cálida de la luz

sobre la carne de Lulú. Lo malo es que tantos admiradores como tiene el cuadro los va teniendo la modelo, y esto principia a escamarme.

GUILLERMO

(Se ríe.) ¿Qué impresión te ha hecho Madrid?

LULÚ

Me ha hecho la impresión que se debe pasar aquí mucha hambre.

GUILLERMO

Es curioso. ¿Por qué?

LULÚ

Porque todo el mundo está siempre en buen humor, y porque la gente es muy aguda. Cuando volveremos a París, yo contaré cosas muy curiosas a Frifrí y a Renée.

GUILLERMO

¿Qué ha sido de ellas?

LULÚ

Frifrí canta cuplés... ¿Cómo se dice?... *picudos,* en un *bar* de San Sebastián. Y Renée... ¡Bueno! Renée no tiene ninguna clase de vergüenza.

GUILLERMO

¡Por lo visto Frifrí ha debido tener mucha!

LULÚ

Más que Renée, seguramente. ¿No es verdad que lo que Renée ha hecho con Felipe está muy mal?

GUILLERMO

Estoy ya intrigado. ¿Qué ha hecho?

ARÍSTIDES

Llanamente: olvidarse de él y... adherirse a Barthou.

GUILLERMO

¿A Barthou?

ARÍSTIDES

Eso mismo. Advirtiéndote que en la última carrera perdió hasta el pelo. Su *Landelove* resultó un jamelgo sin decoro.

GUILLERMO

¿Y White, el *jockey?*

ARÍSTIDES

Ese quedó a la altura del jamelgo. En resumen, Barthou quedó arruinado; pero a última hora sacó Renée un capital que tenía oculto...

LULÚ

En voilà une gosse...

ARÍSTIDES

Y salieron para la Costa Azul. ¡Y Felipe en la higuera! ¡Estas son las mujeres!... ¡Fíese usted de las francesas!

LULÚ

Por ti no hay peligro.

ARÍSTIDES

Pues, por si acaso, al menor desvío que en ti note, te facturo. Y no puedo esperar más. Vámonos, Lulú.

LULÚ

Allons; pero no me lleves más al salón donde tu cuadro se encuentra expuesto.

ARÍSTIDES

¿Por qué?

LULÚ

Porque me hace mucha vergüenza. En España los hombres miran de una manera...

ARÍSTIDES

Sí; es lo que decías antes. Es... el hambre. Adiós. Recuerdos a los hermanitos cuando vuelvan.

LULÚ

Au revoir, Guillaume.

GUILLERMO

Adiós.

ESCENA V

GUILLERMO y CRIADO. Guillermo toca el timbre y aparece el Criado.

GUILLERMO

Tarda mucho César en volver. Yo le buscaría con gusto si tuviera la seguridad de encontrarle.

CRIADO

Nada le puedo aconsejar, señorito Guillermo. Acaso esté en el Casino.

GUILLERMO

Del Casino he venido yo, precisamente.

CRIADO

Entonces no sospecho. Don César no ha hecho nunca vida de sociedad. Además, habiendo dejado

en casa a la señorita Octavia... Pero, espere... Oigo pasos... *(Dirigiéndose hacia el foro.)* Aquí viene. *(El Criado se retira.)*

ESCENA VI

GUILLERMO y CÉSAR

CÉSAR

¡Querido Guillermo!... Han pasado unos años desde que nos vimos la última vez... *(Se abrazan.)*

GUILLERMO

Tres o cuatro.

CÉSAR

Yo hubiera ido a verte, porque sabía que habías venido; pero como tú no tienes domicilio fijo...

GUILLERMO

Ni creo que lo tendré nunca.

CÉSAR

Acaso sea eso lo más acertado. Ya ves... Yo, el hombre casero, el hombre de la vida tranquila, ni envidioso ni envidiado, como se dice generalmente, con todas las limitaciones posibles impuestas a mi vida por mi propio deseo, me encuentro hoy fracasado en medio de mi hogar. He aquí por qué causa deduzco yo que mi fracaso es el de todos los hombres previsores, y que acaso lo más acertado es cerrar los ojos y abandonarse al azar.

GUILLERMO

Sé todo lo que te pasa. Supongo, es natural, que culparás a Felipe...

CÉSAR

¿Y qué he de hacer?... Después de haber subyugado la voluntad de Octavia, después de una larga ausencia angustiosa para ella, ya que no para él, llega de nuevo a quebrantar la tranquilidad de esta casa; se presenta con todas las arrogancias de su juventud impetuosa... ¿Cómo he de dudar de que tengo perdida la partida? Es la ley. No la ley moral, sino la ley de la vida; de la vida joven, que tan poquísimo sabe de sacrificio...

GUILLERMO

Duro es que no lo sepa; pero advierte que tú también, con la más plausible buena fe, querías sacrificar a Octavia.

CÉSAR

No; pues yo ignoraba que su corazón no le pertenecía. Porque tampoco serás de los que creen que yo fuese capaz de formular con doña Mercedes ningún pacto indigno, como sospechaba Felipe. Yo no me deshonro comprando una mujer.

GUILLERMO

Lo creo. Como creo que doña Mercedes pertenece a ese linaje de madres que no se preocuparon de preparar a sus hijas un porvenir y después se justifican ante ellas, y ante sus propios deberes, dejándoselas, y no lo digo por ti, al primer desconocido, apenas éste muestre, no cualidades de trabajo y honradez, sino meramente el deseo de cargar con ellas.

CÉSAR

De *cargar*...

GUILLERMO

De *cargar* he dicho. Es la palabra consagrada. ¡Pobres mujeres, a las cuales se las llama la *carga*,

cuando ellas son quienes, llegada la ocasión, tienen, con fuerzas o sin ellas, que arrimar el hombro... Las hijas, con ser por lo común mucho más débiles y gastar menos en las familias, pesan más que los hijos, y por eso se les da salida cuanto antes, si no por el camino más conveniente, por el más expeditivo. Yo no creo, pues, que tú hayas comprado una mujer; pero sí creo que doña Mercedes te la ha vendido.

CÉSAR

Repites una por una todas las palabras que yo he pensado mil veces.

GUILLERMO

Y te la ha vendido tal vez con la mejor intención, creyendo, desde luego, que con ello hacía la felicidad de Octavia; pero pensando a la par que aquellas viejas deudas no le serían ya una constante preocupación.

CÉSAR

Nunca le hubieran sido.

GUILLERMO

¿Y Octavia?

CÉSAR

No sé. Apenas la he hablado desde hace unos días. Debe sufrir amargamente.

GUILLERMO

Esta situación debe terminar, y tú, César, debes ser el primer interesado en que termine. En París traté de convencer a Felipe de que su viaje a España sería para él y para todos un torcedor maldito que no habría tenido la eficacia de resolver nada. Pero es imposible contener un huracán, y Felipe daba la impresión del huracán hinchado de tempestades.

CÉSAR

Y sin embargo pudo pasar meses y meses sin acordarse de Octavia. ¡Es extraña la psicología de algunos individuos!

GUILLERMO

No; Felipe no olvidó nunca a Octavia. Por lo demás, lo ocurrido es perfectamente explicable cuando se trata de hombres absorbentes y pasionales como tu hermano.

CÉSAR

No lo comprendo.

GUILLERMO

Es muy sencillo: así como el místico encuentra la sublimación del goce en la flagelación, en sentir correr su sangre por las heridas abiertas, así Felipe idealizaba su amor en el sufrimiento de no darle satisfacción. Felipe es un místico a su modo: un místico del amor humano. Y es que por muchos que sean los goces que proporciona el placer, son infinitamente más intensos los que produce el dolor. ¿No te dice nada el hecho de que abandonara París cuando lo abandonó, a París con toda su locura fantástica, y viniese a esta casa a destrozar para siempre su felicidad? Es que templa el corazón a golpes, como se templa el acero. A Cristo no le mató el sufrimiento, sino la alegría de redimir a la Humanidad. Y Santa Teresa moría precisamente porque no moría.

CÉSAR

¡Creer en el amor!... ¡Creer en el dolor que sublima!... ¡Creer en todo!... ¿Y tú crees?...

GUILLERMO

¡Ay, César!... Yo me explico todo; pero hace mucho tiempo que no creo en nada. Dígase lo que se

diga, la disposición del espíritu de dudar sistemáticamente es la más humana; porque propio del hombre es no someterse, y el que cierra los ojos y cree, vincula su voluntad a su creencia y, perdiendo su personalidad, queda en servidumbre. Es mejor no creer.

CÉSAR

¿Y entonces con qué llenar el corazón?

GUILLERMO

Con nada. Todo lo que lo llene será después pesadumbre.

CÉSAR

No, no. No puedo, Guillermo, aceptar tu sistema, que acaso esté bien para los hombres del año 3000, cuando el corazón haya sido reabsorbido, si llega ese caso. Ni puedo hacer tampoco con mis sentimientos algo así como juegos de manos para ver si, escamoteándolos con una dialéctica sagaz, desaparecen del fondo del alma. No; aquí están diciéndome, gritándome, que cuando el alma padece, los discursos y las argucias, por sutiles que sean, podrán sorprender y aun cautivar; pero ni convencen ni consuelan. Tú tienes una sangre fría que yo admiro, pero que nada me resuelve. Por otra parte, es muy fácil juzgar desde fuera. Puesto tú en mi caso, ¿qué harías?

GUILLERMO

No me comprenderías; porque yo puedo suponerme en tu caso, pero tú no podrías ponerte en mis nervios, o... en mis no nervios; porque hace algunos días que aprendí a prescindir de ellos. Has dicho hace un momento que considerabas de tu parte perdida la partida situado frente a tu hermano. Y es cierto. Imagina por un instante que Octavia es tan egoísta como lo fuiste tú, quien por tu carácter poco efusivo — ¡la verdad! — no eres el hombre con quien

generalmente sueñan las mujeres cuando son jóvenes y bellas, como Octavia. Imagina, además, que no le importa eso que se llama miramientos de conciencia y miramientos sociales; imagina, en fin, que aunque los sienta, su pasión arrebatadora los ahoga... ¿Qué vas a hacer tú, hombre que eres de dignidad, sin duda alguna, pero de poco espíritu, frente a lo que a su cabeza loca pudiera ofrecerle Felipe, que es cabalmente el antípoda de tu carácter? ¿No dices tú mismo que es la ley de la vida?

CÉSAR

¡Cómo gozas en clavarme tus palabras!...

GUILLERMO

¡Si son las tuyas!

CÉSAR

¿Qué he de hacer, pues?

GUILLERMO

Si no quieres tiranizar a nadie; si te encuentras superior a todo ardid de encrucijada, debes dejar que cada cosa siga su propio curso. Es la única moral que yo sería capaz de predicar: que nadie moleste a nadie.

CÉSAR

¡Cómo!... ¿Que deje en libertad a Octavia?

GUILLERMO

Naturalmente; a no ser que optes porque Octavia se la tome.

CÉSAR

¿Pero qué dices?

GUILLERMO

Que no pretenderás que Octavia, aherrojada por ti, se convierta en una mujerzuela en tu propia casa.

CÉSAR

¡La ataría en el último rincón!

GUILLERMO

¿Lo ves? Y yo, en cambio, le abriría las puertas de la calle de par en par.

CÉSAR

¡Antes la mataría!...

GUILLERMO

Eso sería un abuso de poder indigno de cualquier persona, no ya de honor, sino de mediana educación.

CÉSAR

Eres de un cinismo desconcertante; pero a mí no me engañas, Guillermo. Tú estás fraguando este plan de acuerdo con Felipe. Os conozco bien... ¡Es natural!... ¡Que opte Octavia!... ¡Que caiga el ridículo sobre mí!... Tú, con tu filosofía grotesca, tratas de embaucarme como se embauca a los payos en los guiñoles de las aldeas. ¡Te has clareado, Guillermo; te has clareado!

GUILLERMO

(Con calma.) ¿Has terminado?... Está muy bien. Yo no contesto a insensateces. ¡Adiós! Te dejo contigo mismo, que es como dejarte con tu mayor enemigo. *(Se dirige hacia el foro.)*

CÉSAR

No te vayas, Guillermo. He sido un insensato; lo reconozco.

GUILLERMO

¡Eres un pobre hombre!

CÉSAR

Me da miedo tu frialdad, y a pesar de ello no puedo pasar sin tu consejo. Es necesario Felipe, ¿verdad?

GUILLERMO

Lo es.

CÉSAR

(Como si le costase un gran trabajo la determinación.) Ve a buscarle y tráele, y termine de una vez esta situación. Es preferible mil veces la victoria o la derrota a la incertidumbre.

GUILLERMO

(Despidiéndose.) Tú no serás nunca un filosófo.

CÉSAR

¡Es verdad!... Tengo nervios y corazón.

GUILLERMO

Cierto. Esos son los enemigos. Fuerza es libertarse de ellos, amigo. Hasta luego. *(Vase foro.)*

ESCENA VII

CÉSAR y OCTAVIA

OCTAVIA

(Sale distraída por la puerta izquierda.) ¡Ah!... *(Repara en César.)* ¿Estabas ahí?

CÉSAR

Sí. ¿Te sorprende mi presencia?

OCTAVIA

Todo me sorprende, cuando yo desearía que nada me sorprendiera.

CÉSAR

Hace poco tiempo...

OCTAVIA

Antes de que prosigas hablando... ¿Dónde está mi madre? ¿Adónde la has llevado?

CÉSAR

No te preocupes. Doña Mercedes está bien atendida, aunque no en esta casa. Digo que está bien atendida y te debe bastar mi palabra, que jamás ha mentido.

OCTAVIA

¿Por qué te la llevaste?

CÉSAR

No podía permanecer aquí. Tú mamá misma lo comprendió y prefirió retirarse a vivir con unos parientes. Yo me encargo de que nada le falte. Tú podrás verla cuantas veces quieras; tienes absoluta libertad; pero ella no pondrá ya jamás los pies aquí.

OCTAVIA

Eso es una tiranía.

CÉSAR

Pero no para ti. Y ahora..., ¿me dirás adónde ibas?

OCTAVIA

A respirar el aire del jardín. La casa me ahoga.

CÉSAR

Hace escasos días me confesabas que la casa resumía todos los encantos de un matrimonio. Ahora te ahoga... ¡Cuánto ha cambiado la casa o cuánto has cambiado tú!

OCTAVIA

Todos hemos cambiado. Cada uno responderá de su conducta.

CÉSAR

Observa que es sólo tu madre quien ha salido de aquí.

OCTAVIA

¡Tantas veces me has arrojado estos días con la mirada!... He visto en tus ojos el desprecio más injusto, la acritud más inmerecida. ¿Qué ha sucedido, pues?... ¿Qué revelaciones te ha podido hacer Felipe, que a una mujer honrada le obliguen a humillar la cabeza?

CÉSAR

¿Revelaciones?... Ninguna. Tampoco eran precisas. Me ha sido suficiente penetrar en esa habitación, saltar la cerradura de cuanto guardaba algo...

OCTAVIA

(Espantada.) ¡Oh!... ¿Has osado...?

CÉSAR

(Con firmeza.) ¡Sí! Lo digo con todas las responsabilidades que un acto indigno, que un acto canalla arroja sobre mi rostro. Todo es justificable para salir de una duda que nos asesina. Yo nunca sospeché de ti; pero tus distracciones, tus reservas, tus delirios, la actitud agitada, reveladora, de mi hermano, todo

unido, fué tomando el cuerpo de una esfinge, que sólo podía deshacerse, pulverizarse, descubriendo la verdad. Y al fin la encontré.

OCTAVIA

¿Qué encontraste?

CÉSAR

La encontré entre unas flores secas, cada una de cuyas hojas llevaba la huella de un beso frenético y doloroso, como una mordedura; en unos retratos, una de cuyas miradas, la más insignificante, jamás la he visto aún de tus ojos sobre mí; en unas cartas...

OCTAVIA

(Estupefacta.) ¿También te has atrevido...?

CÉSAR

¡A todo! Cartas con frases truncadas, reticentes, donde lo horrible es lo que no se lee; lo que la mano, más pudorosa que la mente, se resistió a escribir; lo que destroza... *(Dirigiéndose amenazador hacia Octavia.)*

OCTAVIA

(Asustada, retrocede instintivamente.) ¡César!... ¡Me das miedo!...

CÉSAR

Y por último, tus salidas ocultas de estos días...

OCTAVIA

(Con energía.) ¡Eh!... ¡Cómo!... ¡No!... ¡Te prohibo sospechar!... De mí antes de casarme, piensa lo que quieras. De mi conducta posterior, no te lo consiento.

CÉSAR

Entonces, ¿a qué ciertos sobornos a la servidumbre de casa, que a mi paso sonreía con malicia?...

OCTAVIA

¡Yo buscaba a mi madre!...

CÉSAR

¡Tú buscabas mi deshonra! *(Hace un gesto de desprecio y se va por la puerta izquierda.)*

OCTAVIA

¡César!... ¡César!... *(Cae llorando sobre una silla. Pausa. César vuelve a escena.)* ¡César!... *(Le pone cariñosamente las manos sobre los hombros.)* Por la santa memoria de tu madre, que ahora mismo está viendo la injusticia con que me hieres, te ruego que no juzgues de mis actos, porque estás delirando. No sé lo que será de mí ni lo que el porvenir me depara; pero vale la pena de esperar sin dolor ni miedo el golpe que me anonade, antes de que sojuzgues mi conducta. Hasta hoy he resistido. No sé si ya me queda una sombra de fuerza para seguir resistiendo. He sido amada de Felipe; le he querido con todas las ansias de la locura; le sigo amando con todo el torrente de mi vida... *(César se echa atrás; Octavia se le adelanta. Con firmeza.)* Pero sé también lo que me exige el deber, y sé amordazarme el corazón, y sé incluso estrujármelo, ¡aunque perezca con el estallido!

CÉSAR

(Convenciéndose.) ¡Octavia!...

OCTAVIA

Eso es todo y eso era todo. Pero de no venir Felipe, ¿en qué hubieras conocido que le amaba? ¿He sido desleal para contigo? ¿Tenías algo que reprocharme?

CÉSAR

¿Y por qué no me habías dicho nunca...?

OCTAVIA

¿Para qué? ¿Para qué había de importunarte abriendo ante tus ojos un pasado que jamás te habría de molestar? Si al unirme a ti ya renuncié a lo que entonces no podía mancharme la frente, ¿cómo no había de renunciar ahora que me la mancha?...

CÉSAR

Basta, Octavia mía. Tus palabras, tus lágrimas, me demuestran tu nobleza. Para quien como yo ya no puede exigir sino alteza de conducta, tu confesión es suficiente. Reconozco tu discreción, en la que mi espíritu poco sutil no vió merecimiento. Pero aun podemos ser dichosos. Arranco de mi memoria todo cuanto pudiera distanciarme de ti. Nos marcharemos de Madrid; haremos una temporada donde tú quieras, en campo o en ciudad...

OCTAVIA

Sí, sí, César. Dices bien. Es preciso salir de esta casa; salir de Madrid, y no ver a nadie, a nadie. Iremos al campo; donde haya muchos árboles; donde no haya gente...

CÉSAR

Es idea acertada.

OCTAVIA

Con la condición de que no hemos de escribir una sola carta. ¡Oh!... No es soberbia; pero quisiera estar una sola en la superficie de la tierra...

CÉSAR

(Intencionadamente.) ¿Sola?

OCTAVIA

(Sin vacilar.) Sola. *(Rectificando.)* Es decir..., contigo.

CÉSAR

Octavia... ¡Cómo te veo luchar con tu deseo! Te veo sonreír, así como quien se acariciara una llaga. *(Pausa.)* Será mejor renunciar a todo. Estás inerme y no quiero abusar de tu flaqueza de ánimo. No quiero tampoco que me vuelvas a llamar tirano.

OCTAVIA

¿Qué quieres decir?

CÉSAR

Que desde este instante te dejo en absoluta libertad de acción. ¡Que ya no lucho más! ¡Que me resigno con lo que la suerte me reserva! ¡Que te vayas si quieres con tu madre!

OCTAVIA

(Angustiada.) ¡César!... ¿Pero para qué quiero yo la libertad? ¿De qué me sirve? No seas cruel. Si yo te quiero; si eres mi única esperanza. Salgamos de aquí y no volvamos más. Renuncio a todo, incluso a ver a mi madre.

CÉSAR

Está bien. Nos iremos. Pero antes ha de volver Felipe.

OCTAVIA

(Horrorizada.) ¡Cómo!... ¡Felipe!... ¡No, por Dios, que no vuelva! César, si es verdad que me quieres, o aunque no me quieras, si es verdad que me tienes compasión, no me atormentes más. Te lo suplico por ti, por mí, por tu amor, por tu ira, por lo que quieras, pero que no venga. *(Tumultuosamente.)* Todo tiene un límite en este mundo y mi resistencia también. Ya he luchado bastante a su presencia y triunfé; pero son triunfos esos que descuajan el alma y la dejan sin asidero. César... Una palabra en caridad... Vámonos.

CÉSAR

Le he llamado.

OCTAVIA

Huyamos antes de que vuelva. Sería horrible. ¿Por qué vacilas?

CÉSAR

Sí. Dices bien. Basta ya de luchas ociosas. Vamos. *(Al tiempo de dirigirse hacia la puerta izquierda, aparece Felipe.)*

LOS DOS

¡Ah!...

ESCENA VIII

DICHOS y FELIPE

FELIPE

Aseguré, César, que me habías de llamar.

CÉSAR

(Se detiene, así como Octavia.) Ya es innecesaria tu venida, Felipe.

FELIPE

¿Innecesaria?

CÉSAR

En absoluto. Octavia y yo nos ausentamos de Madrid.

FELIPE

Está bien. Por lo que a mí se refiere, yo había pensado en lo mismo. Y era ya firme mi propósito de hacerlo sin pasar desde luego por tu casa, con arreglo a tu deseo, cuando me ha sorprendido Guillermo

hace breves instantes con la noticia de que tú me llamabas. He luchado conmigo mismo, y al fin he optado por el penoso sacrificio de venir. No supondrás, por tanto, que una vez que resolví comparecer a tu presencia, vaya a marcharme lanzado despectivamente, como un can a quien se le arroja de un puntapié.

CÉSAR

Piensa como quieras; pero yo nada tengo que decirte.

FELIPE

Yo, en cambio, a ti, sí. En cuanto a ti, Octavia, perdón, porque aún no habrás acabado de llorar bastante. Somos todos partícipes del mismo dolor.

CÉSAR

Todos, sí; pero no todos culpables.

OCTAVIA

César, Felipe sufre tanto como tú y como yo.

FELIPE

¿Y ya nada quieres de mí?

CÉSAR

Ahora nada ya. Supusiste bien que habría de llamarte; pero al fin se desvanecieron los fantasmas. Lo que tú has callado años y años se ha descubierto ante mis ojos. De todo te disculpa la impetuosidad de tu carácter.

FELIPE

¿Sólo la impetuosidad de mi carácter?

CÉSAR

Y hasta la justicia de tu pasión.

FELIPE

¡Ah!... Pues ésta no la admito como disculpa. La pasión es el triunfo de los hombres fuertes.

CÉSAR

Si la pasión es noble.

FELIPE

Nobilísima es la pasión de amar. Es el solo valor humano que iguala a los hombres; porque es, contra vuestro deseo de hombres calculadores, lo único que no se puede arrancar y llevar a las arcas convertido en dinero, que..., ¡oh!, si pudierais...

CÉSAR

Sigues desconociéndome. Debes saber que yo *sentí* mi matrimonio; quiero decirte que me acerqué a Octavia con verdadero cariño; con el cariño, desde luego, que puede sentir un hombre como yo, acaso demasiado reflexivo...

FELIPE

Quieres decir que en medio de tu amor había algo de egoísmo...

CÉSAR

Es natural. No sé quién llamó al amor el egoísmo de dos. Con más razón en mi caso, ya que el hombre de alguna edad — yo no soy un viejo, pero tampoco soy un pipiolo — substituye con células cerebrales las que los años le van secando en el corazón. Yo podía querer y quiero a Octavia con serenidad, con ternura, pero sin aspavientos. Por otra parte, te digo, como dije a Guillermo, que yo ignoraba vuestros viejos amores. ¡Viviste siempre tan alejado de nosotros!

OCTAVIA

De vosotros y de mí.

FELIPE

No, Octavia. Yo no te he olvidado jamás, y perdona, César, que hable así; pero acaso es ésta la última vez que os hablo en mi vida. Yo no te he olvidado jamás, Octavia. Tu recuerdo dormía en el fondo de mi alma con un sueño bienhechor. El bien duradero acaba por incorporarse a nuestra naturaleza como una porción suya; pero no por eso deja de ser un bien, aunque no nos demos cuenta de que lo es. Viniste tú, César, me lo arrebataste, y entonces la naturaleza herida lanzó su alarido de dolor, como aquel a quien le arrebatasen en vivo una parte de sus entrañas. «Pero si no te dabas cuenta de que eran tuyas», gritas tú ahora al que se revuelve en medio de sus torturas. «Por eso precisamente, respondo yo; porque eran tan mías que no las sentía... a fuerza de sentirlas.» He ahí el misterio de todo, y he ahí que no es misterio.

CÉSAR

No es misterio, pero sí una pasión muy extraña.

FELIPE

Extraña para ti. Pregúntaselo a Octavia...

CÉSAR

Octavia nada tiene que responderte. Octavia es mi esposa.

FELIPE

Y... claro está, se lo haces recordar amordazándola. Es el matrimonio de los hombres reflexivos; de los detestables hombres reflexivos, que hasta el amor, la efusión más elevada del corazón, tienen que medir y sopesar para no excederse de la cuenta. *(César hace un gesto revelador de resistir hasta donde le sea posible.)* Porque ¿qué entiendes tú por matrimonio?

CÉSAR

Me consideraría relevado de contestar a tus destemplanzas si ya, desde que has comenzado a hablar, no me hubiera impuesto la obligación de comprender y perdonar. ¡Qué entiendo por matrimonio!... Lo que entiende todo el mundo.

FELIPE

Lo que dice que entiende todo el mundo. Y es que a veces el mundo coincide generalmente en sus juicios, porque no se ha querido imponer el trabajo de pensar. El matrimonio es unión, ¿verdad?... Es lazo. Pero no lazo que como un dogal estrecha, sofoca y ahoga, sino que une amorosamente lo que la naturaleza había ya unido con hilos impalpables. Es una reiteración santa de la unión natural de dos seres. Pero y si falta la natural, la verdadera atadura, ¿qué significa la otra, exterior y forzada? ¿Dónde está ya el matrimonio? «Nos ha engañado la Divinidad — decís entonces desesperadamente — ; nos ha engañado, porque nos obliga durante una vida a soportar una situación intolerable.» Y no, amigo mío; sois vosotros quienes la engañasteis, porque simulasteis una unión que no existía. Octavia, por tanto, querido César, es tu mujer, *(Recalcando)* tu mujer, pero no tu esposa. Estáis atados, pero no unidos. Estáis juntos, pero ¡a qué distancia el uno del otro!

CÉSAR

Respóndele si eso es cierto, Octavia. *(Octavia estará llorando silenciosamente.)*

FELIPE

¿Para qué más respuesta que esas lágrimas?

CÉSAR

Felipe, nuestra vida, la tuya, la mía, la de nuestra

familia, vida de seres refractarios, ha dado ya su fruto. Tú y yo somos tan desconocidos como dos hombres que llevaran distinta carne.

FELIPE

Todos los hombres llevamos la misma carne. La carne no hace a la familia, sino la vida en común, y cuando esta vida no crea atracción recíproca, nada es la familia. No creo en la familia, César; no creo sino en la amistad. ¿De qué sirve el que tú y yo seamos hermanos? De ignorar que lo somos, ¿en qué lo conoceríamos?

CÉSAR

¿Te duele el serlo?

FELIPE

Al contrario; me duele no parecerlo. Abandonado de todos...

CÉSAR

Nunca te ha faltado nada. Eres rico.

FELIPE

Lo era... Siempre extraño en mi hogar, sin necesidades, pero también sin amor, tuve que buscar un refugio para el alma apenada. Fué Octavia, hermana y amiga a la vez. *(Con verdadera ternura.)* Éramos niños, ¿verdad, Octavia?, y ya tú...—me lo has dicho tantas veces—adivinabas en mi rostro la amargura de la vida triste. ¡Bien lo recuerdo! Yo veía en tus ojos...

OCTAVIA

Basta, Felipe, basta.

CÉSAR

Felipe, acuérdate de quién soy.

FELIPE

Acuérdate, César, de quién eres.

CÉSAR

¿Qué quieres decir?

FELIPE

(Dirigiéndose a Octavia.) Más tarde, nuestra última separación. Luego... frío y pesadumbre; el huésped molesto de todas partes, a quien ni aun derramar el oro a manos llenas podía granjearle simpatías. El corazón vacío, pero anhelante *(Exaltándose hasta el final del parlamento);* el alma sola, pero esperanzada, y al fin, cuando un rayo de luz comenzaba a iluminar mis entrañas, ¡la noticia brutal que desconcierta y aniquila la vida una vez más! ¡César..., Octavia no puede quererte!... Su presencia a tu lado es la esclavitud con que la sociedad la liga a ti... ¡Su vida no será ya sino un calvario despiadado!... ¡Octavia!... ¡Sálvate!... ¡Sálvate!...

CÉSAR

(Que ha caído inerme sobre una silla.) Responde, Octavia; te lo exijo...

OCTAVIA

(Como quien ha tomado una resolución.) ¡Jamás, Felipe, jamás!... ¡Oh!... Basta, basta de martirio... Vete de aquí, si no quieres que enloquezca.

FELIPE

¿Me arrojas?

OCTAVIA

¡Con toda mi indignación! Venir aquí cuando todo era irremediable es como mofarse de un cadáver... Es ultrajar el infortunio desesperado. Aunque quedara en mí un átomo de amor, yo me lo arrancaría para arrojártelo al rostro. He sido de todos, menos de mí misma, ¡por tu culpa, que llenaste de negruras mi camino!... Por tu culpa... ¡Maldito tú, que no sembraste sino dolor!...

ESCENA FINAL

DICHOS y GUILLERMO, quien al ver la situación de aquéllos, queda cruzado de brazos en la puerta del foro.

FELIPE

Por última vez... ¡Compasión!...

OCTAVIA

¿Y quién la tuvo de mí?... ¡Vete, vete, sí; te arrojo!

FELIPE

¿Sin esperanza?

CÉSAR

¡Esperanza!...

OCTAVIA

Más aún... ¡Con mi desprecio!...

FELIPE

¡Con tu desprecio!... *(Llorando.)* ¡Y me lo dices tú! ¡Tú!... ¡Octavia!... ¡Oh, Dios! ¡Morir, morir mil veces!... *(Vase precipitadamente a la habitación derecha.)*

OCTAVIA

(Que adivina la intención de Felipe. Con brío.) ¡Felipe!...

(Guillermo corre hacia la habitación en que acaba de entrar Felipe, pero un pistoletazo que se oye le detiene.)

OCTAVIA

(Desesperadamente.) ¡Felipe!... ¡Felipe mío!... *(Entra en la habitación.)*

CÉSAR

¡Octavia!... *(Levántase y trata de penetrar también, pero Guillermo se lo impide.)*

GUILLERMO

Déjala, César... ¿Cuándo más santamente que ahora pudiera llamarle suyo?

CÉSAR

Lo besa...

GUILLERMO

Lo besa, sí; pero son besos dados a una sombra...

OCTAVIA

(Saliendo.) ¡Le he matado yo!... ¡Yo!... Estoy condenada. Es la víctima de mi deber... ¡o de mi cobardía!... *(Se sienta y queda como alucinada, mirando un punto inexistente.)*

GUILLERMO

No, Octavia, no. La víctima no es Felipe. ¡Es muy cómodo matarse! Pero... ¡desdichados de los que se quedan!

CÉSAR

Sí; ¡desdichados!...

TELÓN



PRECIO: **2,50** PESETAS.